

UNA
SENTENCIA
AL *Corazón*



Hugo Sahz

UNA
SENTENCIA
AL *Corazón*



Primera edición.

Una sentencia al corazón

© 2020, Hugo Sanz.

© Fotomontaje: AdobeStock.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)



Capítulo 1

Si algo tuve claro ese día, es que tenía los mejores compañeros de trabajo, Bruno y María, dos policías que amaban su trabajo tanto como yo y que estaban a mi cargo, pues era su inspectora desde hacía dos años.

—Por fin lo hemos empapelado y bien —dijo Bruno, mientras recogíamos para irnos haciendo un baile circular con sus brazos unidos.

—A ese cabrón espero que lo metan unos buenos años en la cárcel, por mi salud mental ¡Un puto año detrás de él! —María era muy deslenguada y encima gesticulaba como nadie, hacía de cada expresión un mundo.

—Chicos, habéis hecho un gran trabajo —sonreí mirándolos emocionada y es que era la verdad, se habían dejado la mente y el alma en esa investigación la cual habían hecho muy eficientemente.

—Lucía, tenemos a la mejor jefa —respondió Bruno refiriéndose a mí, mientras María afirmaba con la cabeza y los dos se chocaban las manos como dos niños chicos.

—No se que haría sin ustedes —me acerqué a ellos y nos dimos un abrazo a tres bandas antes de salir felices por la puerta.

Es que no podía tener mejor equipo, siempre apoyándonos, con buen humor, desahogándonos entre nosotros, éramos como una pequeña familia paralela a nuestro mundo personal, los adoraba, eran los mejores compañeros que me pudieron asignar, no me imaginaba una investigación sin ellos.

Nosotros pertenecíamos al grupo de Narcóticos e íbamos de paisanos, como se solía decir, “la estupa”, “los secretas”, eso sí, nos conocía toda la ciudad. De secretas, teníamos ya bien poco.

Encima era viernes, ya no teníamos que volver hasta el lunes, a no ser que los compañeros del turno de fin de semana me llamaran por alguna urgencia, pero por normal general, sábados y domingos eran sagrados.

Como cada viernes quedé en una taberna para comer con mi amiga Alba, tenía treinta y cinco años, uno menos que yo y era traductora judicial, tanto en mis independencias, como en el juzgado.

Alba había estudiado la carrera de Filología Árabe y debido a la cercanía con Marruecos que teníamos por vivir en Cádiz, en el sur de España, trabajo era lo que menos le faltaba.

Ella vivía con su padre que ya estaba jubilado, aunque tenía un aspecto de lo más joven, se cuidaba bastante y el físico le acompañaba, un hombre de esos maduros que son bien guapos. En definitiva, era un mujeriego.

Juan adoptó a Alba cuando ella era una bebé, él nunca se caso, como ya dije era un picaflor, no le duraban las mujeres ni dos asaltos, ahora comprendía a quién salía mi amiga, aunque la sangre no le corriera por las venas, era igual que su padre en ese sentido, hasta en el humor.

Su padre fue piloto para una compañía aérea internacional.

—Hola, guapa —la abracé sonriente y feliz, pues nos encantaban esos viernes en los que quedábamos para planear, sin pensar en el trabajo.

—Estás preciosa —dijo zarandeándome fuertemente y agarrando mis manos para verme bien.

—Estoy feliz, por fin pillamos a los hermanos Cano y ya lo tenemos encerrados listos para ponerlos el lunes ante el juez —flexioné los brazos y puse mis dedos en forma de v.

—¡Felicidades! —Se puso a aplaudir emocionada —¿Lo pillasteis con mucho?

—Trescientos kilos... —Le hice un guiño y ella abrió la boca.

—Muy bien, ¿no? —Enseñó sus pulgares.

—De lujo, además de todas las conversaciones, imágenes y demás pruebas que teníamos preparadas —sonreí con amplitud.

—Los van a empapelar un buen tiempo —movía su mano rápidamente.

—Sí, aunque esto ya sabes como es, tendrá por fuera a unos cuantos que le tomaran relevo y seguirán haciéndose cargo, así que seguirán recibiendo lanchas con cargamentos y nosotros volveremos a ir tras ellos como perros, una y otra vez —me encogí de hombros.

—Bueno, pero esos dos ya están dentro —aplaudía emocionada y más ella, que se alegraba con todo lo bueno que me pasara y me felicitaba siempre por todos mis éxitos. La verdad es que quería mucho a esa pelirroja sexy.

—Eso sí. Y tú, ¿qué tal? —Ese día la notaba como si me quisiera decir algo, así que aproveché la pregunta a ver con qué me contestaba.

—¡Ejem...! —Me miró para soltarme algo como intuía —Hoy tenemos planes —hizo un gesto apretando los dientes que me hizo temblar y reír a la vez. Conociéndola, sabía que algo gordo había preparado.

—Suelta por esa boca —reí negando.

—Hemos quedado con dos chicos... —Se miró las uñas para disimular y quitarle importancia a la bomba que había soltado por esa boca y que ahora cerraba a la espera de mi contestación.

—¡Habla! Yo a ti te mato —resoplé poniendo los ojos en blanco y acercándome más a ella por encima de la mesa.

—Asier... —soltó sin anestesia y miró hacia otro lado para seguir disimulando.

—¿¿¿Asier??? —Asier era un joven juez de treinta y ocho años que estaba más bueno que el pan de sándwich con Nutella y si yo digo eso, es porque era impresionante en todos los sentidos.

—Asier y su amigo Alex... —¡Toma ya! ¿Y ese quién era? Pues lo dijo como dando por hecho que yo lo tenía que conocer.

—¿Alex? —No me sonaba ese hombre, de todas formas, a Asier solo lo conocía de ir al juzgado a declarar ante él por tema de mis detenidos, aunque Alba sí que había tomado con él algún que otro café y se llevaban muy bien.

—Es un amigo suyo, médico... —sonrió como dando a entender que, por ser médico, ya estaba todo aclarado.

—Ajá...

—¿Ajá? —rio.

—¿Qué quieres que diga? ¿Y eso, como fue de quedar? —Es que me soltaba las cosas, pero no me las fundamentaba, esa era la rabia y lo que me ponía más nerviosa, además, como ella lo sabía lo hacía peor.

—Pues esta mañana estuve desayunando con él, porque me lo encontré en la cafetería de los juzgados —me sacó la lengua y dio un trago a su copa.

—¿Y? —Me estaba poniendo de lo más nerviosa, ¡y dale con sus pausas dejando todo a

medias...!

—Pues me preguntó que hacía esta noche —sonrió — y le contesté que me iba con la inspectora de copas —me hizo un guiño —Él, me estuvo comentando que había quedado con un amigo suyo que acababa de coger plaza fija en el hospital como médico e iban a celebrarlo.

—¿Y...? —Puse los ojos en blanco, al final le tiraba con una de las tapas de comida en la cabeza.

—Me dijo que, si queríamos, pues que nos uniéramos y saliéramos los cuatro... —Seguía con el suspense. Para matarla, era para matarla.

—Y a ti se te hizo la almeja agua —ladeé la cara dándolo por supuesto.

—Hija, te lo voy a tener que explicar todo —resopló—. Tú sabes que veo mono a Asier, pero no es mi tipo, es el tuyo —se encogió de hombros.

—Bueno, ni me que muriera por él... —di un trago a la copa de vino que nos acababan de poner—. Es uno más de los tantos buenorros que hay en la ciudad.

—Sigo... —Volteó los ojos sin creer lo que le había dicho—. Resulta que estaba mensajeándose con él, cuando me dijo que estaba quedando con su amigo, puso el móvil sobre la mesa con la conversación en abierta y vi la foto de Alex...

—Ya la hemos liado... —Negué mirándola incrédula. Ya tenía una nueva victima que le duraría dos polvos y un, hasta luego. ¡Me jugaba el pescuezo y no lo perdía!

—No aún no, la vamos a liar esta noche... —Se tocó el pelo enroscándolo en su dedo haciéndose la inocente.

—Madre mía, madre mía, esto me huele a orgía —bromeé con resignación. <<<Vamos, si me tirara al juez sería como añadir un título a mi carrera universitaria>>, pensé aguantando la risa.

Asier era tremendo, un cuerpo muy definido, vestía con pantalones de pinzas estrecho, camisas ajustadas y su cinturón, siempre impecable. Rubio, con un corte desigual por arriba y un poco largo, siempre perfectamente engominado, además de una sonrisa que era digna de envidiar y es que tenía una dentadura... ¡Y ya! Madre mía como volaba mi imaginación.

—Pero tu tranquila, con calma, que nosotros vamos como con desgana, nada que nuestros rostros reflejen algo que los hagan crecerse, que a esos dos los vemos a nuestros pies, te lo digo yo —se señaló con el dedo en plan chulería.

—En el fondo me apetece —reí negando. Y era la verdad, ese hombre me parecía de lo más interesante y conocerlo sin la presión de una declaración jurada, pues oye, como que tenía su morbo el poder estar hablando en igualdad de condiciones y no bajo su orden.

—¡Anda que no! —Aplaudía emocionada al saber que iríamos.

—¿Qué te vas a poner? —preguté, eso de la ropa para mí era muy importante, además las dos éramos muy del mismo estilo ¡Muy pijas, pero a lo moderno! Como nosotras decíamos.

—Cachonda, me voy a poner cachonda —reía con esa lengua desmesurada y pensamientos calenturientos que permanecían en ella siempre.

—¡Bestia! Venga dime... —Negué sin poder dejar de reír y es que no era para menos, era un caso aparte.

—Unos jeans ajustados de lycra y una camiseta negra caída hacia un hombro —puso morritos sensuales—. ¿Y tú?

—Yo soy tan desgraciada que iré, con la regla, me pondré con la regla —se me escapó una carcajada—. Quitando eso, me pondré una falda corta, con una camiseta algo mona, ya veré cuál —era junio y ya estaba morena, eso sí, el sol era mi debilidad y por esta parte del sur desde abril, ya podíamos disfrutar de todo su esplendor, así que tocaba lucir piernas, que para eso las tenía

bien bonitas.

—¿Te toca ponerte? —preguntó ya dando por hecho de que pasaría algo esa noche, así era ella.

—Más o menos, pero como siempre me baila tres o cuatro días, a partir de hoy cuando quiera vendrá —cogí una aceituna de esas que te hacían chupar hasta los dedos.

—Te da tiempo tirarte al juez hoy... —reía aplaudiendo lentamente y echándose hacia atrás de la silla.

—Puede, pero no creo, a mí me tiene que ganar un hombre con galanterías, nada de ir a lo fácil —le hice una burla. En el fondo era una romántica, pero vamos, que había tenido algún “aquí te mato”.

—¿Me estás llamando ligerita de cascos? —preguntó indignada, como si ella no lo supiera.

—¡Nooo, por favor! —mi tono era de lo más irónico.

—No sabes vivir la vida... —Dio por hecho que vivirla, era estar siempre bajo unas sábanas y con un hombre de esos fuertotes.

—Será eso... —Joder que buena estaban esas croquetas que no dejaba de comer una tras otra, por eso precisamente nos gustaba tanto esa taberna, pues te servían cada tapa, que era para perder el sentido.

Mi amiga es que me lo ponía todo a huevo, lo mejor es que ella tenía un sarcasmo y una ironía muy parecida a la mía, como buenas gaditanas.

Nos despedimos quedando a las nueve, por lo visto primero íbamos a ir a cenar con ellos y luego de copas. Así que ya estaba la noche planeada y ahora solo me quedaba descansar un par de horas para estar perfecta.

Llegué a mi casa, vivía en un piso en el centro de la ciudad, un precioso edificio de cuatro plantas y dos vecinos en cada una, nuevo, ya que fue entero remodelado, así que, como conseguí mi plaza me lo compré y lo hipotequé. Con mi sueldo podía hacer frente a la letra, además de vivir un poco desahogada.

Me independicé y dejé a mis padres de nuevo en una luna de miel, pues yo era hija única, aunque los visitaba frecuentemente aparte de tener todos los días la llamada de teléfono que no podía fallar. La verdad es que siempre estaban pendientes de mí.



Capítulo 2

Y me iba a quemar el timbre la puñetera niña ¡Qué poca paciencia!

—Te puedes meter el dedo en la nariz —quise ser comedida, aunque con ella no se podía, le hubiera dicho que se lo metiera por el...

—Mejor me lo meto por otro lado —guiñó y me besó en la mejilla, como si la riña no fuera con ella. Entró dentro sabiendo que mi casa era como la suya, así que se puso en el balcón directamente.

—Sí, mejor —murmuré mientras volteaba los ojos con resignación.

—¿Qué te queda aparte de aguantarme? —Se encendió un cigarro.

—¿Vestirme? —pregunté con ironía, pues la había recibido en ropa interior.

—Pensé que ibas a ir así, pidiendo guerra —me tiró un beso con gesto irónico.

—¡Te den! —Le saqué el dedo mientras me iba al cuarto.

Dos minutos y lista, cogimos el ascensor, bajamos y nos fuimos andando hacia donde habíamos quedado, estaba a diez minutos de mi casa.

—Veremos cómo son esos dos en las distancias cortas.

—Alba, no me toques la moral que eres tú la que nos estás llevando hacia allí...

—Calla, loca, ánimo para el cuerpo, todo no es correr todo el santo día tras el malo como es en tu caso.

—Ni traducir, obvio, pero de ahí a quedar con “su señoría” —volteé los ojos.

—Y me dirás que no tiene su morbo...

—Bueno, dando por hecho de que está como un camión, lo tiene, pero hija, no sé yo por donde va a salir esto y encima nos lo tenemos que encontrar en el juzgado —reí.

—Lo mismo a partir de ahora empatiza mucho más, aunque sería contigo, a mí lo único que me tiene que escuchar es traducir al acusado.

—Escuchar me vas a escuchar a mí, como lo de esta noche sea un suicidio de tonterías.

—Asier es muy simpático, te lo digo yo que he coincidido con él en muchos cafés.

—Parecer lo parece —sonreí mientras nos acercábamos al restaurante y entrábamos para que nos llevaran a la mesa reservada por ellos.

Y ahí estaban. ¡Madre del amor hermoso...! Más guapo y no nace el “señoría”, por favor...

Sonreí al igual que ellos y nos saludamos, Asier nos presentó a Alex que también tenía su punto, vamos un puntazo, parecía que habían sido hechos a medida ¡Qué barbaridad!

—Felicidades, sé que tenéis detenidos a los hermanos Cano —dijo Asier y yo no me lo esperaba.

—Gracias, señoría —dije con sorna sonriendo ruborizada y produciendo una risa en todos.

—De nada, señora inspectora —hizo un carraspeo con ese rostro tan seductor que hacía que me impusiera mucho.

—Una traductora, un juez y una inspectora de policía ¡Como para cometer un delito! —bromeó Alex.

—Lo malo es que estos dos te jodan y luego les dé un infarto, así que mejor que te cuiden —bromeó Alba.

—Eso, que me lo pasen todo por alto —arqueó la ceja y le hizo un guiño, era muy gracioso.

Alex era mejor de lo que esperaba, a Asier en el fondo ya lo había visto en muchas ocasiones en las declaraciones, pero a Alex en mi vida y cuando yo hablaba se reía mucho, eso sí, estaba pendiente a mi amiga y esta a él, ahí había feeling, no era cosa solo de Alba.

Asier tenía su punto, era muy rápido con su ironía cuando sabía que se la estaban dando de la misma guisa, así que estaba al acecho y no se cortaba ni un pelo en devolver con la misma moneda.

Cenamos a lo grande, eso que no se debe de hacer mucho, una parrillada de carnes ibéricas con patatas, ¡casi nada!, ya me notaba la barriga dura, eso sí, con dos botellas de vino que nos ingerimos y que estaba de vicio.

De allí nos fuimos a una terraza del paseo marítimo a tomar unas copas, el ambiente era brutal, esas noches de verano que entre todos los que salíamos y el turismo que había, hacía poner a la ciudad en una total feria de personas dispuesta a divertirse.

Mi amiga rápidamente se puso a charlar con Alex, a un lado de la barandilla en la que estábamos apoyados y yo me quedé con Asier tomando una copa de igual manera en el otro lado.

—Así que la inspectora más simpática del mundo la tengo en el juzgado y ahora delante de mí —sonreía.

—La única de la ciudad, así que más te vale que me mires con buenos ojos, que de mí depende mucho la integridad de la ciudadanía —dije con sorna.

—Evidentemente que lo hago —levantó la ceja.

—Te tengo controlado —señalé con los dedos en “v” a mis ojos y luego a los suyos.

—Vale, vale... —Levantó un poco sus manos en son de paz, bromeando, obviamente.

—¿Y cómo es que te dio por elegir esa profesión?

—Pues siempre quise ser inspectora y a cabezona no me ganaba nadie, pero vamos, que la tuya...

—La mía es también para volverse loco, anda que no acumulamos estrés...

—En el fondo nos gusta —fruncí la cara.

—Sí —rio sujetando su copa—. El caso de los hermanos Cano me toca a mí, así que me vas a tener que dar una buena declaración —bromeó haciendo un gesto interesante y sensual. A mí ese día se me iban a caer las bragas y no me iba a dar cuenta.

—Te voy a dar la que hay y si con todas las pruebas que vamos a aportar no lo ves claro, es que tienes un gran problema —le saqué la lengua, estaba achispada, dos copas más y hasta le haría un corte de mangas al “señoría”.

—¿Me has sacado la lengua? —preguntó en tono burlón y bromista.

—¡Pues claro! ¿Ahora como estamos, de colegas de marcha o de profesionales? —Ladeé la cara con chulería.

—Tienes razón —rio negando.

—Pues hala, asunto resuelto. Pasemos a la otra tanda de ruegos y preguntas —le hice una mueca.

—Vale, si quieres jugar a las preguntas, de acuerdo —hizo un carraspeo.

—Empieza tú, que la pregunta anterior la hice yo.

—De acuerdo —me señaló con el dedo que sujetaba su copa —¿Un libro o una peli?

—Depende de qué peli o de qué libro, ambas cosas, pero reconozco que tengo predilección por los libros.

—Me gusta...

—Me toca —reí —¿Relación seria o esporádica? —Hombre, yo si preguntaba iba a la yugular, no le iba a preguntar si playa o montaña...

—Apuntas alto... —rio.

—No me ando con rodeos —le hice un guiño, gracias a las copas, por supuesto.

—Según con qué persona puedo tener algo serio o de una noche... ¿Te vale?

—Te tiene que valer a ti, yo solo pregunto —reí.

—Me toca preguntar —arqueó la ceja.

—Dale sin miedo —le di un trago a la copa.

—Un lugar para pasar un fin de semana con tu hombre ideal.

—Mi hombre ideal... —reí —A ese no lo fabricaron aún, pero bueno, digamos que con alguien que me guste... Mi casa o la suya, soy muy casera cuando estoy con la compañía perfecta.

—Pues entonces esta noche duermes en mi casa —bromeó apretando los dientes.

—Un mojón para mi “señoría” —solté una carcajada—. Me toca preguntar ¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con una persona?

—¿Puedo acogerme al derecho a no contestar? —apreté de nuevo los dientes.

—Entonces terminaría el juego —me encogí de hombros.

—El sábado pasado —miró al techo para hacerse el tonto. Vamos, me daba a mí con esta respuesta que este era un picaflor de primera ¡Un punto menos!

—Vaya, las tendrás a pares.

—No lo tomaré como pregunta, además me toca hacerlo a mí.

—No era una pregunta, era una afirmación clara de lo que pienso —le hice una mueca.

—Y tú... ¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con un hombre?

—Vaya, para ser juez tienes muy poca imaginación para las preguntas y utilizas la de los demás. En fin... —reí—. Pues hace por lo menos unos tres meses. Tres más y vuelvo a ser virgen —sonreí de forma exagerada.

—Perdón, perdón... —Levantó un poco las manos riendo.

—Me toca ¿Siempre sales con Alex? —A este le iba a sacar hasta el documento nacional de identidad.

—Siempre y cuando no tenga un plan mejor —levantó la ceja.

—Que no quedes para follarte a otra, vamos, que no necesito a Alba para traducirme —reí.

—O para cenar, desayunar, ir al cine, de copas... A ver si me vas a ver ahora como un semental —hizo un movimiento bromista con la cabeza a modo de riña.

—¿Yo? Solo te digo lo que capto y tengo olfato policial, así que, ojito —dije con el dedo señalándole y produciéndole una negación con carcajada.

Averigüé esa noche que estuvo con una chica hasta el sábado pasado, que llevaban solo dos meses quedando, pero que ella estaba aquí por motivos de trabajo y era de Boston, así que había regresado, nada serio.

También que anteriormente había pasado un año sin estar con una mujer, que era muy casero, tranquilo y nada que ver con lo de mujeriego que yo me había imaginado, además, mi olfato policial me indicaba que decía la verdad. En el fondo iba a ser buena gente y todo.

Mi amiga se perdió con Alex, no la volvimos a ver, así que estuvimos de pub en pub hasta las

cinco de la mañana, hora en que me acompañó a casa y me obligó a darle el número de teléfono. Digo que me obligó, porque no me dejó subir hasta que se lo diese, me llamara y comprobara que era cierto el número.

De todas formas, para que mentir, yo estaba loca por dárselo...



Capítulo 3

Esto no era resaca, esto era el señor del bombo aporreando mi cabeza ¡Qué dolor!

Me levanté como pude, casi sin poder abrir los ojos y fui a tomarme una pastilla con un vaso de leche, luego me tiré en el sofá para volver a quedarme dormida.

Desperté a las cinco de la tarde, había varios mensajes en el wasap de mi madre, de Alba y ¡¡de su “señoría”!!

El primero que leí fue el de él, había comenzado a escribirme a las doce de la mañana y de ahí hasta ahora...

“Feliz día, mi inspectora”

“¿Sigue durmiendo la princesa?”

“¿No serás de esas que salen un viernes y se despiertan el domingo?”

“Y yo que te quería invitar a cenar...”

Madre mía, pues sí que me había tenido el “señoría” en su mente, al final no iba a saber vivir sin mí, ya me lo olía, por supuesto era ironía, pero no iba desencaminado.

Estaba en línea y yo lo dejé en visto, ahora me tocaba revisar y contestar a los demás, él que se esperara, que no se pensara que se lo iba a poner todo muy fácil.

Una hora y cuarto después me llegó un mensaje de él, aún no le había contestado.

“¿Me piensas dejar en visto para toda la vida? A las nueve te recojo”

¿Cómo que a las nueve me recogía? Eso sí, me acababa de sacar una preciosa sonrisa, yo no había hecho planes y verlo a solas, me apetecía mucho, además, mi amiga me había comentado por mensaje que había quedado con Alex.

“Buenos días para mí, buenas tardes para su “señoría” ¿Qué es eso de las nueve? Yo aun no soy persona y eso es dentro de dos horas y media”

Me tenía que hacer la dura, a mí de esas dos horas y media, me sobraban dos. Anda que no tenía yo ganas de volver a verlo, me lo había pasado genial la noche anterior.

“Ponte ropa cómoda, como para ir al campo y si quieres llevar algo de recambio mejor. Fíate de mí y no preguntes nada, déjate sorprender”

¿Al campo? ¿Por la noche? ¿Se estaba quedando conmigo?

“¿Estás de broma?”

Tenía que asegurarme, de campo...

“Para nada, confía en mí, ponte cómoda, llévate algo de abrigo, pues puede hacer fresco y algo para cambiarte por si no volvemos hasta mañana. A las nueve y media estoy con el coche debajo de tu casa y no se admiten más preguntas”

¿Si no volvemos? Y encima, no se admitían preguntas ¡Ni que me hicieran falta! Pues nada me vestiría a lo Britney Spears y a darlo todo.

Lo primero, darme un baño de campeonato, de esos que te tiras ahí media hora con la música y

de lo más relajada.

Luego seleccioné unas deportivas blancas que tenía con las listas a los lados azules que, ya me comprenderéis, “no hace falta nombrar a la marca...” Unas mayas de color gris y una camiseta de otra marca surfera en color rosa, una chaqueta corta vaquera por si refrescaba, una bolsa con ropa interior, otro cambio de ropa, un pijama corto por si se encartaba, perfume, pintura, un poco de champú, de mascarilla, el secador de pelo y, ¡lista por si no volvía en un mes! Me reía conmigo misma.

A la hora pactada sonó el pitido de un coche, me asomé y ahí estaba.

—¡Te van a multar! —grité con ironía desde el balcón.

—Pues aligera o la vas a pagar tú —dijo asomando la cabeza por la ventanilla.

Hice un tubo con mi mano, me la puse en la boca e hice una pedorreta con ella. ¿Que la iba a pagar yo...? ¡Un mojón para él!

Bajé con mi chaqueta sobre la cintura, mi bolsa grande rosa más cuqui que todas las cosas y una coleta alta, eso sí, maquillada tan suavemente, que parecía que era natural.

Se bajó para abrirme la puerta y puso mi bolsa en el maletero.

—¿Preparada? —Arrancó el coche sonriente.

—¿Para qué? —reí negando.

—Para ir a la aventura...

—¿A la aventura casi a las diez de la noche? Bueno, lo consideraré deporte de riesgo. No tenía nada mejor que hacer.

—Tampoco exageres, soy precavido —carraspeó.

—Más te vale —reí.

El camino que estaba cogiendo era a plena Sierra de Cádiz, no tenía ni idea del destino, pero que era por allí, lo era y lo fue.

Entró a un lugar con unas cabañas de piedra en plena naturaleza, además esa noche había luna llena, aquello era impresionante, el silencio, la paz, todo...

—¿Has alquilado una cabaña? —reí.

—Mucho más que una cabaña —me hizo un guiño y bajó una canasta de mimbre y un mantel gigante que colocó en el suelo a pie de la cabaña —He preparado la mejor cena que tendrás en tú vida —dejó la cesta sobre el mantel y fue a abrir la cabaña, metió su bolsa y la mía.

Yo no sabía que decir ¿Íbamos a cenar a la luz de la luna, delante de una cabaña, en plena naturaleza? ¡Me moría!

Asier estaba guapísimo con un chándal de la misma marca que mis zapatillas, en color azul y las tiras blancas, el de toda la vida que me encantaba, debajo una camiseta de manga corta blanca. Yo me puse la chamarreta, allí refrescaba bastante por la noche.

Salió con una botella de rioja y unos tupper que contenían tortilla de patatas, una ensalada de pasta y unas croquetas, lo miré sonriendo.

—¿Lo hiciste tú?

—Claro —sonreía—. Y tú sin responder a mis mensajes —negó sonriendo.

—Me declaré en rebeldía —le saqué la lengua y brindamos con las dos copas de vino.

—Y ahora caíste rendida... —Señaló alrededor, a la naturaleza y luego a la luna. ¿Podía ser más mono?

—Bueno, bueno, no te vengas tan arriba —advertí riendo.

—Se te ve hasta la sonrisa más bonita debajo de la luz de la luna.

—¡Madre mía! ¿Me has salido romántico?

—¿No te parece que el lugar invita a ello? —Levantó la ceja aguantando la risa.

—Hombre y si ya es en un balneario, no te digo nada... —reí.

—Te cuesta reconocer las cosas —reía.

—¡No! —reí y reconozco que me enrojecí —Me has sorprendido, es la verdad, lo admito — me puse la mano en el pecho.

—Me alegra que así sea —su mirada era penetrante, me ponía nerviosa, pero me encantaba como me miraba, lo hacía de una manera especial, notaba como le provocaba una constante sonrisa.

Asier era tranquilo, paciente, aguantaba mis ironías y bromas, sonreía con cada estupidez que yo le soltaba.

La cena estaba de vicio, no de esas que cada día nos podríamos permitir el lujo de tener debido a sus calorías, pero para días así especiales y que la ocasión la requiriese, era lo mejor.

La noche era un espectáculo, se veían las estrellas a pesar de la intensidad de la luna llena, aquello en calma daba la paz que muchas veces necesitábamos para llenar nuestras almas y encima con Asier, un peligro para cualquier mujer, si es que el tío valía y mucho.

Tras la cena nos metimos en la cabaña a ver una película, él había llevado su portátil y lo conectó a la tele, terminamos viendo una de suspense, se notaba que lo llevábamos en la sangre.

Nos sentamos en el mismo sofá, uno al lado del otro y casi lo notaba pegado a mí, me ponía nerviosa, la verdad es que estar ahí a solas con él y de esa tesitura no era fácil, era toda una provocación.

Era muy respetuoso, cosa que yo agradecía, por muchas ganas que tuviera de que me hincara el diente, prefería que las cosas fueran de otra forma, en el fondo era una romántica de dos pares.

Esa noche nos acostamos cada uno en una cama, en la misma y única habitación. Nos pusimos a charlar un buen rato sobre la película que habíamos visto cada cual en su papel. La verdad es que era muy divertido y placentero hablar de esos temas con él, me hacía aprender mucho, esa era la realidad, ver las cosas de su punto de vista, no desde el mío y aunque no lo pareciera todo podía tener una doble visión, eso lo aprendí sin duda esa noche...



Capítulo 4

Ni rastro de Asier en la habitación, pero un ruido en la cocina me hizo sospechar que estaba allí.

Me estiré cuando salí de la cama y fui hacia la cocina donde estaba mirándome sonriente, mientras preparaba el café.

—Buenos días, su “señoría” —sonreí acercándome a él—. Huele genial el café, además hecho a la antigua usanza —me paré al lado de él.

—Buenos días, mi inspectora favorita —me besó en la mejilla —¿Qué tal dormiste?

—Genial, este entorno te hace entrar en trance.

—No hay nada mejor que la naturaleza en todo su esplendor —cogió los cafés y las tostadas en un plato y salimos afuera.

Nos sentamos en una mesa de madera con sus banquetas alargadas y desayunamos ahí, de lo más relajado.

—Anoche pudimos haber cenado aquí sentados, no en el suelo —dije riendo.

—Entonces hubiese perdido su magia —sonrió mientras sostenía su taza en la mano.

—Tienes razón, pero hubiésemos estado más cómodos —reí.

—Nada, no tengo nada que hacer contigo... —Volteó los ojos.

—Bueno, tampoco es eso —bromeé volteando los ojos y provocándole una preciosa sonrisa.

—¿Ah no?

—Yo soy buena compañía, lo digo para este tipo de sitios —reí—, otra cosa es que vea más cómodo cenar en una mesa que en el suelo, la luna y el cielo se puede ver igual, vamos.

—Y dale... —Volteó los ojos poniéndose la mano en la frente.

—Nada, nada, era broma —reí con ironía.

—Y yo que te iba a invitar el fin de semana que viene a un sitio aún más espectacular —carraspeó.

—¿Nos tiramos al suelo a desayunar? —Lo hice carcajear.

—Me gusta que te agrade la idea.

—A nadie le amarga un dulce —le hice un guiño.

Bueno a mí me podía llevar de visita turística todos los fines de semana, entre lo bueno que estaba, lo bonita que hacía la compañía y los cosquilleos que me producía... ¡Me moría de amor!

Tras el desayuno nos fuimos a hacer senderismo un rato, aquello era precioso, nos hicimos un montón de fotos y notaba un Asier muy cariñoso, sus miradas estaban totalmente llenas de complicidad.

Antes de la comida fuimos a la cabaña a recoger las cosas, cogimos camino, pero paramos a mitad a comer en una famosa venta, allí nos comimos una buena carne a la brasa, menos mal que allí con el aire acondicionado se estaba fresquito, los días eran cada vez más intensos de calor.

—¿Y qué tal se te presenta la semana?

—Pues lo mismo que a ti, sin parar —sonreí—, además de llevaros toda la investigación sobre el caso de los hermanos Cano.

—Me vas a tener que convencer mucho —carraspeó.

—Por mi salud mental ¡La más grande de las condenas! Le das la máxima que pida el fiscal ¡Advertido quedas!

—¿Me estas sobornando?

—¿Yo? Ni voy a pagar la comida, con eso te lo digo todo... —reí.

—Ni yo te lo iba a permitir —me miró aguantando la risa.

Me encantaba, simplemente me encantaba, además, aunque bromeara con él llamándolo “señoría”, lo podía separar de juez a persona perfectamente, me gusta como era fuera de todo eso, aunque en ambos ámbitos era espectacular.

Tras la comida nos fuimos rumbo a la ciudad, le dije que parara en una pastelería, me bajé a comprar unos dulces y lo invité a subir a mi casa a merendar, le faltó tiempo para aceptar, me encantaba que aun quisiera seguir un rato más conmigo.

—Me encanta tu piso... —Miraba hacia todos lados con el café en la mano.

—Gracias —levanté la ceja.

—En serio —sonrió —, lo veo de lo más acogedor.

—Ya, ya ¿Está mi piso sometido a tu juicio? —reí.

—Averígualo tú —se acercó y... ¡Me dio un beso en los labios! Luego se echó hacia atrás sonriente y siguió merendando.

—¿Me has...? —Tenía el dedo señalando a mis labios.

—Te he besado —afirmaba sonriente.

Negué sonriente, incrédula y... ¡Le pegué otro! Por supuesto como él, me separé sonriendo, pero yo de forma exagerada y ampliamente.

—¿Me has...? —repitió mi pregunta señalándose los labios con su dedo.

Y le di otro, pero de esos intensos que perduran en el tiempo, de esos que te arrastran a caricias y abrazos, de esos que te llenan, pero a la vez te piden más, de esos que... ¡Joder como besaba!

Estábamos en el sofá y me tenía pegada a él, con su mano por mi glúteo, apretándolo mientras me sonreía y clavaba su mirada en mis labios, en ese momento sentí una pasión desenfrenada, me imponía, me seducía, me todo.

—Tienes diez minutos para coger tus cosas de dormir, la ropa de mañana para el trabajo y me sigues con tu coche hasta mi casa.

—¿Qué dices? —reí.

—Te quedan nueve minutos y cuarenta segundos...

—¡Qué no! —solté otra carcajada.

—Te quedan nueve minutos...

—¿Y, si no?

—Te vendrás igualmente, sigue corriendo el tiempo...

—¡Me niego!

—Te cogeré en brazos, te meteré en mi coche, te llevaré a mi casa y mañana tendré que traerte a cambiarte rápido e irte a trabajar, así que tú decides sí correr y preparar las cosas, o irte sin nada —sonreía tranquilamente.

—¡Eso no es opción! —no dejaba de reír incrédula.

—Pues espabila... —Alargó su mano para que fuera a preparar las cosas.

—Madre mía, no sé para qué te hago caso —negué levantándome.

—Cuando acabe el tiempo nos iremos con lo que tengas —miró su reloj causándome una carcajada nerviosa.

Y ahí fui yo a preparar otra bolsa. A este paso me iba a independizar de mi propia casa, pero me apetecía irme con él, esa era la realidad.



Capítulo 5

Iba en mi coche siguiéndolo hasta su casa ¡A la del señor juez! Lo mío era deporte de riesgo sin duda, no me cabía otra opción que ir de lío en lío y no porque yo me lo buscara, que va, era porque me venían solos.

Pero es que había caído rendida a sus pies, a sus besos y a todo lo que conformaba su esencia, estaba deseosa de dormir entre sus brazos y de continuar una velada con él, a pesar de que al día siguiente hubiera que trabajar.

Un jardín de mil metros, una casa de una planta con unos doscientos, piscina, zona para tomar el sol ¡Anda que no vivía bien!

Aparqué mi coche en un sitio techado para los vehículos junto al de él y bajé riendo, no me quedaba de otra.

—Preciosa casa que vas a poner a mi nombre —dije bromeando.

—Te vas a tener que preparar una buena declaración bien fundada para que me case contigo — echó la mano sobre mi hombro y en la otra llevaba mi bolsa.

—Bueno, bueno, que no te pedí matrimonio, solo la casa —reí nerviosa de sentirlo tan cerca de mí, mientras entrábamos a su casa.

—No tardarás en hacerlo... —bromeó mordiendo mi oreja y poniéndome toda la piel de gallina.

La casa era preciosa, cuando digo preciosa, es porque de esas que todo resaltaba en blanco, sin cargar, cada rincón era amplio y una pasada.

En el salón, encima de la chimenea, había un precioso cuadro con una foto de él en blanco y negro. Ahí faltaba yo, pero solo sería cuestión de tiempo, pensé bromeando.

Me enseñó la casa de la mano y mi bolsa la dejó en su dormitorio.

—No voy a dormir en esa cama —reí señalándola.

—Vamos a tomar un refresco —jaló de mi mano sonriente y nos fuimos a la cocina.

Llegamos a ella, me cogió en alto sin previo aviso y me sentó sobre la encimera, sin perder esa sonrisa seductora. Abrió la nevera de dos puertas, de estilo americana, cogió dos latas de refrescos, las puso a mi lado y él se quedó frente a mí, entre mis piernas...

—Me estas poniendo nerviosa —dije riendo, echando mi cabeza hacia su hombro.

—¿Y eso? —Levantó la ceja mirándome, aguantando la sonrisa, agarrándome por mis glúteos y pegándose más.

—No hablo sin presencia de mi abogado —seguía muerta de risa.

—¿Tienes abogado? —preguntó de lo más sexy, pegándose aún más a mí.

—¡Y juez! —Puse las manos en sus hombros intentando echarlo hacia atrás, pero no había forma.

—¿Juez? —carraspeó y comenzó a mordisquear mis labios ¡Me derretía! —¿Y para que tienes

un juez? —preguntó sin dejar de mordisquearme.

—¡Y yo qué sé! —no podía dejar de reír y es lo que me pasaba con los nervios que me entraban por tenerlo a tan corta distancia, es que no lo podía remediar.

—Pues si tú no lo sabes... —Levantó la ceja sin perder su sonrisa.

—Paso, así no puedo ¡Échate hacia atrás!

—Me niego... —hizo otro carraspeo de esos que me imponían aún más.

Y nuestros labios se pegaron y se fundieron en un beso de lo más excitante. Me estaba poniendo por las nubes, menos mal que se apartó después un poco dejándome ahí y se puso a preparar la cena mientras yo lo miraba sonriente.

—Así que eres cocinillas...

—Ya viste lo que te preparé para la sierra —me hizo un guiño.

—¿Y ahora estás preparando una ensalada de marisco? —pregunté por las cosas que estaba sacando.

—Una ensalada de langostinos con salsa rosa.

—¡Ummm!, me gusta.

—Luego un baño para dos y...

—¡Para! —me eché a reír de los nervios que me entraron con eso que me acababa de soltar — Yo no me baño en pelotas contigo —las carcajadas me salían sin parar, los nervios se habían vuelto a apoderar de mí.

—Bueno, te bañas con ropa —me miró levantando la ceja.

—Mira Asier, a mí no me pongas atacada que yo paso de nada de eso, cuando cene me voy a la cama tapada hasta la garganta y a dormir, que mañana hay que trabajar —dije sabiendo que no iba a ser así, pero me gustaba buscarlo.

—Pues vas a pasar mucho calor tan tapada —hizo un carraspeo.

—Que va, tienes buen aire acondicionado —le saqué la lengua en plan burlona.

—No me vas a torear —me señaló riendo con la mano.

—¿Ah no? Ya lo veremos... —Le devolví el guiño.

Me encantaba, mucho, muchísimo y es que tenía una cara que era para perder la cordura, además, acompañada de esos gestos que me hacía y que creía que iba a estallar de pasión, no me lo quería imaginar en el “tema que te quemas”, tenía que ser la hostia.

Cenamos en la cocina, pero lo más gracioso es que él, estaba de pie frente a mí charlando y yo en esa encimera sosteniendo mi plato, así de esa guisa, pero es que lo nuestro empezó de aquella manera el viernes y terminaría de esta el domingo, nada normal, con Asier no era nada normal y eso me gustaba.

—Toca ducharse... —dijo cuando terminamos de cenar.

—Pues empieza, yo voy fregando esto y luego me ducho.

—No, aquí cenamos juntos y aquí nos duchamos juntos —me miró sonriente.

—Yo paso de ponerme desnuda ante ti, no te lo crees ni tú —reí bajándome de la encimera.

—¿Tienes algo que no se pueda ver? —me agarró y me pegó a él de espalda y rodeándome con sus brazos.

—Pues claro, alguna que otra cosa.

Me puso delante del fregadero, puso los platos y quedando detrás de mí, se puso a fregar rodeándome con sus manos y su cabeza sobre mi hombro ¿Podía ser más sensual? ¡Moría con ese hombre!

—Ven —me agarró de la mano después de secárselas con el paño.

Me llevó hasta el cuarto de baño y me puse a reír negando, pero me dijo que estuviera tranquila que me iba a dejar sola, menos mal, de todas formas, no me iba a meter ahí con él de buenas a primeras, me moriría de la vergüenza.

Me di una buena ducha y me puse un camisón corto veraniego que parecía un vestidito, él se había duchado en el otro cuarto de baño, estaba guapísimo con aquella camiseta blanca y esos pantalones cortos de algodón en azul marino.

Me cogió en brazos y me llevó a la cama sin dejar de sonreír y levantando esa ceja que me ponía taquicardia.

Nos pusimos de lado mirando el uno hacia el otro, con su mano sobre mi cintura y bien pegado a mí, sonriente, mirándome con esa mirada fija, me ponía a mil por hora el “señoría”

Nos volvimos a besar con más fogosidad, se puso encima de mí y comenzó a hacer movimientos buscando el roce con mi zona, mientras me agarraba el pecho y me devoraba con esa sensualidad que conseguía acelerar mi respiración de forma estrepitosa.

Con sus manos fue levantando mi camisón hasta deshacerse de él, dejándome semidesnuda, solo le faltaba quitar mi braga y sabía que no tardaría en hacerlo. Aquello iba en serio y había llegado el momento.

Y lo hizo, al igual que también se desnudó él, dejando al descubierto ese cuerpo impresionantemente definido y duro como una roca, era un espectáculo para mis sentidos.

Sus labios comenzaron a recorrer mis pechos, mi barriga y bajó hasta mi zona más íntima donde abriendo mis piernas, entró de lleno con sus labios para empezar a volverme loca.

Me hizo correrme como nadie antes lo había conseguido ¡Era la hostia! Y encima me hacía sentir muy segura ante él, tenía algo, un no sé qué, pero me volvía loca.

Luego lo hicimos de mil maneras, mil posturas que iba dirigiendo con los gestos de sus manos, aquello fue algo para no olvidar.

Me abrazó hasta quedar dormidos, después de la magia que había causado en mi vida ese fin de semana.



Capítulo 6

—Arriba inspectora —dijo besando mi frente.

—No sonó el despertador —murmuré encogiéndome más.

—Pero tenemos que desayunar relajadamente, yo me encargo —besó mis labios y se levantó.

Había dormido como una bebé, aquel colchón era de lo más cómodo que había probado en mi vida y encima con él...

Me fui hacia el baño a lavarme la cara, los dientes y vestirme, yo no usaba uniforme, así que me puse unos jeans, zapatillas y una camiseta, lista para currar.

Aparecí por la cocina, él ya estaba con su pantalón ajustado de pinzas, su camisa de manga cortas y listo para derretir a cualquier fêmeina que se le cruzara por el camino.

Tomamos el café charlando un poco de lo más melosos, a él se le veía muy cómodo conmigo y yo estaba en una nube de esas de algodón flotando por encima del mundo.

Cogí mi bolsa y salimos de allí quedando en hablar, en nada más, cosa que me producía cierto nerviosismo, esperaba que eso no hubiera quedado solo en un lío de fin de semana.

Me monté en el coche y le dije adiós de nuevo con la mano, la verdad es que me regaló un precioso e intenso beso de despedida, pero ya comenzaban mis dudas y eso me ponía de lo más estresada.

Llegué a las dependencias y ahí estaba María, en la puerta fumándose un cigarro mientras miraba el móvil.

—Buenos días, jefa —dijo sonriendo.

—Buenos días ¿Te han echado de la cama?

—Mi madre que ya sabes, si no me tomo el café con ella, es como si ocurriera el mayor atentado contra su persona —resopló riendo.

—Te adora y sabes que te cuida mucho.

—Normal, es la única hija que tiene —volteó los ojos.

—Y tú tampoco puedes vivir sin ella.

—Bueno, bueno... —Hizo unos ladeos con su cabeza.

—Te compraste el piso y ahí lo tienes cerrado, nuevo, pero la sigues eligiendo.

—El piso está ahí para cuando no pueda más y me vaya.

—No veo yo, eso muy claro... —reí.

—Y tú fin de semana, ¿qué tal?

—No sé si debo ni de contestar a eso —dije mientras íbamos hacia dentro.

—¿Mal?

—Demasiado bien para ser cierto.

—¡Cuenta! Ya sabes que soy una tumba —se hizo una cremallera en los labios.

—Lo pasé con un hombre...

—Vamos bien, sigue...

—Tú lo conoces...

—¡Eso está mejor! Suéltalo ya o desenfundo el arma —bromeó.

—Es uno de los jueces —reí.

—¿¿¿Asier???

—Joder que ojo, hija —reí.

—Hombre, el único de nuestra edad, hombre, y que no pasa de los cincuenta, encima el derrite vaginas, no podía ser otro.

—¿Derrite vaginas? —Me paré para formular la pregunta soltando una carcajada incrédula.

—Vamos, de sobra es sabido aquí que Asier, es un derrite bragas y la de mujeres que pasaron por su cama...

—Explícame eso porque yo no lo sabía —se me quitó la sonrisa de la cara.

—Dicen que estuvo con la fiscal de rollete, con una de las secretarias del juzgado, con una policía local y otra nacional, hasta dicen que estuvo con la cantante de flamenco de aquí.

—Y ahora conmigo... ¡No puedo ser más gilipollas!

—Pues ya me gustaría a mí ser igual de gilipollas, pero vamos que no se dio nunca el caso, de lo contrario me hubiera encantado formar parte de esa lista. Por cierto... no te habrás enamorado, ¿no?

—No, al menos eso espero —dije sentándome en la silla y poniendo mi mano sobre la frente apoyada en mi escritorio.

—¡Ay Dios, jefa! ¡Ni se te ocurra! Él no es hombre de relaciones serias.

—Tampoco me veía casándome con él, pero después de que me dijeras con la de mujeres que estuvo, te juro que le tengo asco.

—Siempre fue la comidilla del juzgado, las tiene a todas locas y yo que tengo allí a mi amiga Candela, ella me pone al tanto de todo, eso sí, a ninguna le enseñó su casa ni donde vive, es un chico precavido.

—Vaya, conmigo tuvo el detalle... —sonreí con ironía.

—¿¿¿Has estado en su casa???

—Vengo de allí, he dormido esta noche... —resoplé aún indignada.

—Pues decían que la única pega que le sacaban, es que las llevaba a hostales...

—Pues a mí me llevó a ver las estrellas —volteé los ojos y volví a poner mi mano sobre la frente.

—¿¿¿Las estrellas???

—El sábado por la noche me llevó a la sierra, a una cabaña de madera y cenamos sobre un mantel, en el suelo, con vino y comida que había preparado —cerré los ojos.

—Te faltó irte con él el viernes para hacer el pleno —rio incrédula.

—Estuvimos de fiesta el viernes...

—No me lo puedo creer... ¿¿¿En serio???

—Baja la voz que está al llegar Bruno y no quiero que se entere, no es por nada pues sé que es una tumba, pero prefiero obviarlo en estos detalles.

—Me he quedado muerta, te lo juro que me pinchan y no sangro ¿¿¿Asier???

—El mismo —me encogí de hombros.

—Y ahora... ¿En qué habéis quedado?

—En nada, no hemos quedado en nada —solté el aire con agobio.

—Sales de fiesta, te lleva a ver las estrellas a la sierra, te lleva a tu casa... ¿Piensas qué no te

va a proponer otra cita? Ese Asier está cambiando...

—O conmigo actuó más galán por no estar en antecedentes. Me da a mí, que esto va a quedar en un fin de semana de esos que solo pasan una vez en la vida.

—¿Y es tan bueno follando como dicen?

—¡María! —reí.

—Es que se cuenta...

—Es bueno, es bueno, pero no me hagas esas preguntas —resoplé volteando los ojos.

—Hoy hay que llevar a los hermanos Cano ante él.

—Sí, lo llevará la nacional y tú y yo nos vamos a ver a la fiscal, a terminarle de darle lo del caso.

—¿Y si vemos a Asier?

—Pues lo saludamos y listo —negué levantándome y cogiendo la carpeta con todo.

—Madre mía, que calor me está entrando... —dijo siguiéndome hasta el coche.

—Otra que quiere caer —abrí el coche y me monté negando.

Llegamos al juzgado y nos pasaron con la fiscal, le entregamos todo y nos despedimos, nada, no había que declarar ese día ante el juez, quedarían encerrados hasta el juicio, así que tenía tiempo a prepararlo bien.

Al salir del juzgado respiré aliviada por no haberlo visto, se la tenía sentenciada desde que me había enterado esta mañana que era un picaflor, mujeriego y descarado, lo de descarado lo decía yo, anda que no tenía tablas el tío...

Me fui con María a la cafetería frente a los juzgados, desayunamos relajadamente, aunque yo estaba que echaba humo, lo quería matar, aunque comprendía que no me había prometido la luna, demasiado que me enseñó las estrellas, en fin, que las poquitas esperanzas que tenía, ya ni las quería y los ánimos los tenía por los suelos.

Esa mañana trabajé con desganar, Bruno estaba encargado de conseguir una información que nos conduciría a reconducir una investigación que nos traía de cabeza y María, estaba encargándose de otra línea, así que me tiré la mañana supervisando informaciones, pero con un dolor en el pecho increíble, esto me había dejado fuera de juego y me daba mucho dolor y rabia.

A la salida me fui a comer con Alba, ella había estado todo el fin de semana con Alex y venía muy contenta, le conté lo que me había enterado.

—Pero eso se sabía, aunque no tienes por qué ser una más.

—¿Se sabía?

—Pues sí, solo hay que ver la de bragas que moja, pero vamos, él te dijo que con la última que estuvo que se fue lo había hecho la semana pasada, no sé de qué te extrañas.

—De ahí a tirarse a medio círculo de la ley... —solté el aire.

—Solo te llevó a ti a su casa, piensa en eso...

—¿Consuelo de tonta? —resoplé enfadada.

Me sentía así, una tonta en manos del mayor seductor de la ciudad, vamos para detenerlo y encerrarlo por peligro público, en fin...

Después de la comida nos despedimos y me fui para mi casa, tenía un bajón impresionante, hasta ganas de llorar, me había dejado fatal ser conocedora de aquello.

La tarde la pasé limpiando a fondo, escuchando música, aunque hasta las más animadas me ponían de lo más triste ¡Anda que, vaya plan!

Esa noche me acosté sin noticias de su “señoría”, así le iba a poner a partir de ahora, pero vamos, no esperaba nada de un hombre así, ya no...



Capítulo 7

Me desperté ese día con una sensación peor de la que me había acostado.

¿Cómo podía ser que me sintiera así por un hombre que había despertado realmente mi interés durante el fin de semana?

Me fui hacia el trabajo con unas ojeras que no sabía de donde habían salido, así que, antes de bajarme del coche me puse un corrector milagroso que me dio luminosidad y mejor cara.

Ni rastro de mis chicos afuera, aunque la que solía fumarse el cigarro era María, pero ya estaba dentro, cada día llegaba más temprano.

—Buenos días, jefa. Si me invitas a un café te cuento un chisme —me hizo un guiño.

—Sí, pero vamos a la cafetería de enfrente, no tengo ganas de desayunar en las dependencias —volteé los ojos agobiada.

—Espero que no sea por el cerdo de Asier...

—¿Cerdo? —pregunté mientras salíamos de allí directas a la cafetería.

—Es un cerdo y ahora te contaré el por qué.

—Vaya, me vas a alegrar más aún la mañana... —dije con ironía.

—Espera que nos pongan el café y las tostadas para coger fuerzas —me miró con esa mirada de tener alguna información de esas que me iban a chocar.

Ya me veía que esta había usado su arma de investigadora policial y había recabado alguna información más, aparte de todo lo que me había soltado ayer sin anestesia.

Nos pusieron el desayuno, estábamos en la terraza ya que la mañana era espectacular y el sol comenzaba a salir en todo su esplendor.

—Te vas a quedar muerta...

—María, no empieces con los rodeos —reí.

—Ayer fui al cine...

—¡Qué divertido! —sonreí con ironía.

—Asier estaba en la otra fila con una chica para entrar, sujetando unas palomitas y le daba de ellas, tal cual, iba cogiendo palomitas y se las metía en la boca sonriente, la cara de la otra era de resignación en plan bromas.

—Vaya, pues es verdad que no pierde el tiempo... —Me entró una tristeza por dentro que no pude evitar.

—A la salida los volví a ver y él, la llevaba del hombro...

—Será amor —sonreí con ironía.

—Sé que algo te duele, pero no quiero que se ría de ti y prefiero que lo sepas.

—¿Algo más?

—Sí, los seguí con mi coche y todo...

—¿En serio?

—Sí ¿Sabes dónde terminaron?

—No...

—Se fueron en el coche de él y por lo que me dijiste de donde vivía, entraron en su casa con el coche directamente...

—Vaya, no fui la única... —Volteé los ojos.

—Olvídate de él.

—¡No me digas! —reí negando, era obvio que así sería.

—¡Tonta! —rio—. En serio, ese tío es un descarado de primera, una bala perdida con las mujeres y no sabe dónde poner el huevo.

—Pues el huevo para no saber dónde ponerlo, bien que lo pone en todos los nidos que puede, en fin... Que le den al “señoría”.

—Ya le tomó declaración ayer a los hermanos Cano.

—¿Y no se los tiró? —pregunté bromeando, aunque tenía un mal rollo en el cuerpo increíble.

—Se los follará en el juicio —soltó causándome una carcajada.

—Te juro que hay una parte de mí que se quiere quedar con lo bonito que pasé el fin de semana y otra parte de mí, que le tiene una especie de asco...

—Normal, pero mira, tú lo gozaste. Olvídate de él, no merece la pena.

—Ya...

—Sabe que avisáis, os estuve buscando —dijo Bruno, apareciendo y sentándose con nosotras a desayunar.

—Eso te pasa por llegar el último —le contestó María.

—Pero dentro de mi horario, que conste en acta.

Adoraba a mis compañeros, eran mis chicos, María y Bruno siempre andaban bromeando, pero había mucha complicidad entre ellos.

Desayunamos, aunque yo no me podía quitar de la cabeza a Asier, sí, ese que por sorpresas de la vida me acababa de mandar un mensaje.

Asier: Buenos días, preciosa. ¿Qué tal estás?

Ay, Dios, no les dije a los chicos nada, además, Bruno ni lo sabía, pero me quedé pensando en si responderle con ironía, con indiferencia o con normalidad...

Yo: Buenos días, Asier. Bien ¿Y tú?

No tardó en responder...

Asier: Genial, deseando de volver a verte.

Lo que me faltaba, encima con poca vergüenza ¿No tuvo bastante con la de ayer?

Pasé de contestarle, volvimos a las dependencias y me puse a trabajar toda la mañana, a eso de las doce me volvió a escribir.

Asier: Me preguntaba si me echabas de menos...

¿Este era gilipollas? ¿Se había caído de un guindo? ¿Quería jugar? Pues si quería jugar yo le iba a dar la mejor de mis jugadas, a cabrona no me ganaba nadie.

Yo: A cada minuto de mi vida...

Toma ya, a este le iba a dar yo por todos lados, a mí que no me provocara que estaba muy tranquila hasta que mi amiga tuvo la brillante idea de quedar con ellos el viernes, así que ahora a mí este no me iba a venir con tonterías, pues le iba a dar hasta en la coronilla.

Asier: No sonó muy convincente...

¿Quería que se lo dijera cantando en un mensaje de voz? ¡Un mojón para él!

Ignoré ese mensaje y terminé la mañana con una investigación que tenía importante, por fin se

acababa el martes.

Llamé a Alba desde el manos libres del coche, ella seguía encantada con su Alex y yo le conté la nueva noticia del cine, así que entendió perfectamente que a partir de ahora debía alejarme de él, bueno, si no lo hubiese entendido era su problema y no el mío, pero la puse en antecedentes de todo.

Llegué a casa de mis padres con los que había quedado para comer, siempre con esos abrazos, sonrisas y fiesta que me montaban cuando aparecía por allí.

—Hija... ¿Qué tal todo por el trabajo? —preguntó mi padre, con ese tono de cariño con el que siempre me hablaba.

—Bueno, con las líneas de investigación de siempre, ya sabes, al no ser una gran ciudad vamos bien con lo típico, los narcos...

—Ya, que orgulloso estamos de ti.

—Lo sé papá.

—Hija... ¿Y Alba, que tal está?

—Mamá, mientras conducía hacia aquí veníamos hablando y ayer comí con ella también, también salí el viernes, así que, la tengo controlada —sonreí mirándola—. Está muy bien, a ver si la semana que viene la traigo a comer.

—Claro, hija.

Mis padres la adoraban, la veía como una hija más y es que Alba, siempre se ganó el cariño de mi familia.

Pasé la tarde con ellos, incluso me eché una siesta y es que no había más paz que la casa de unos padres y sobre todo los míos, que eran amor en el estado más puro.

Por la noche al llegar a casa me preparé un sándwich después de ducharme, otro día que se iba fuera. No volví a recibir más mensaje por parte de Asier, por un lado, lo agradecía, por otro me partía el alma, estaba entre la espada y la pared de los dos lados de mis sentimientos.



Capítulo 8

Tenía una mala vibra en el cuerpo de esas que cualquier cosa que me dijeran la podía utilizar en su contra, así que, pobrecito del que ese día me dijera algo fuera de tono o lugar.

Llegué a las dependencias y ya estaban los chicos en sus puestos saludando con esa sonrisa que les caracterizaba, tuve que fingir la mía, la mala hostia me recorría todo el cuerpo.

María me llevó a tomar un café, pero dentro de las instalaciones.

—Jefa, tienes hoy muy mala cara ¿No será por el pelele ese?

—No me aguanto ni yo...

—Ya te veo, pero no puedes dejar que un cretino con el que te liaste tres días te ponga de ese humor.

—Ya lo sé, dame un cigarrillo, necesito echar humo —dije cogiendo los cafés y marchándonos afuera.

—Vaya, pues sí que debes estar mal para fumar...

—Estoy rara, no te voy a mentir, esto apareció de una forma espectacular y desapareció con la misma intensidad ¡Qué palo!

—Todos los tíos son iguales y no se salva ni uno —se sentó en el escalón.

—Yo solo sé qué quiero que la tierra me trague —dije con tristeza.

—Vaya, así no, ¿eh? Que le den mucho “porculo” al señor juez.

—Y encima le gustará —negué.

—¿Tan viciosillo es?

—¡Yo que se! Pero vamos, con las mujeres es un depredador por lo que veo... —Levanté la cara y la ladeé a modo de resignación.

Sentía rabia, dolor, impotencia, pero es que solo había sido un fin de semana y yo me había creído que era especial. A tonta no me ganaba nadie, al menos en las cuestiones que tuvieran que ver con el amor y es que me la habían vuelto a dar por estúpida.

La mañana la pasé descentrada y eso me daba una rabia que no podía conmigo misma, quería centrarme en el trabajo, pero mi cabeza volaba por otra parte y es que así no se podía estar, pero, ¿cómo me lo quitaba de la cabeza?

A la salida me fui a un centro comercial a ver algo de ropa, no me apetecía quedarme encerrada en casa y había pensado en irme a la playa un rato pues el día era espectacular, pero me daba pereza ir a casa, cambiarme, preparar la bolsa, en fin, que me fui a comprar y a pasar la tarde.

De allí me fui a cenar con mis padres a un restaurante cercano a ellos, que tenía una terraza muy animada, así que les dije de vernos allí.

—Así que, ¿estuviste de compras? —sonrió.

—Si, papá, fui a quitarme el estrés —reí.

—Yo quiero ir mañana también por la mañana con papá a ver si compramos algo, hace tiempo que no vamos a quemar tarjeta.

—Pues ya era hora, venga por favor que tenéis todo el tiempo del mundo y gracias a Dios estáis desahogados, salid más y gastad, es lo que nos vamos a llevar.

—Tienes razón hija —decía mi padre, sin perder esa preciosa sonrisa.

Era afortunada al tenerlos, demasiado afortunada, dos grandes personas llenas de valores y amor, un ejemplo de fidelidad y de cariño, un matrimonio de los que hoy en día apenas existen.

Nos dio las doce de la noche en la terraza, donde ya me despedí de ellos y me fui hacia mi casa a descargar las bolsas, ducharme y dormir. Otro día de la semana fuera.

Y llegó el jueves por la mañana y con ello me entró un poco de ansiedad, solo quería llorar y quedarme en la cama, pero claro, eso no era posible ya que el deber me llamaba.

Entré al despacho y saqué a María de allí, estaba Bruno, pero es que ella no paraba de hacerme señas con los ojos y me ponía nerviosa, así que le dije de ir a fumar un cigarrillo.

—Suelta ya, que hasta te voy a meter... —Le di una colleja mientras andábamos por los pasillos.

—¿¿¿Que???

—Larga, que ya conozco tus miradas —le quité el paquete de tabaco y saqué un cigarrillo.

—Ayer lo vi con esa tía de nuevo, estaba tomando un helado por la avenida y apareció él para comprar dos, uno para ella y otro para él.

—Le está durando toda la semana —me encendí el cigarrillo con los nervios a flor de piel.

—Pues eso, para que veas que no es trigo limpio.

—Ya veo, ya veo, pero bueno... ¿Sabes que te digo? ¡Él se lo pierde!

—Eso es, jefa, que le den por donde le quepa.

—Aunque siento mucha rabia, de verdad, parecía tan especial...

—Especialmente mujeriego —resopló.

Ya lo que me faltaba por escuchar ese día, que se estuviera viendo continuamente con otra...

Menos mal que al día siguiente era viernes y ese fin de semana solo me apetecía quedarme encerrada y no salir más que para ir a la playa, de todas formas, Alba había quedado con Alex, así que mejor, solo tenía ganas de estar sola.

La jornada fue de lo más desesperante, la mañana más larga que un día sin pan, luego me metí en mi casa y me hice un maratón de una serie para intentar olvidar el tema de Asier, ese que me golpeaba una y otra vez la cabeza.



Capítulo 9

Salí hacia las dependencias, pero le había puesto un mensaje a María, para que se fuera a la cafetería de enfrente, tenía ganas de tomar en la terraza un café relajada.

—Buenos días, jefa. Puedes sentarte tranquila que hoy no traigo noticias.

—Buenos días, María. Pues preferiría que sí, al menos lo aborrecería un poquito más —dije dejando el bolso y entrando para sacar un paquete de tabaco de la máquina de la cafetería. Necesitaba fumar, lo bueno es que yo le daba dos patadas cuando quisiera, no era viciosa.

Volví a salir y ya estaban poniéndonos el desayuno, nos conocían de sobra, era vernos y atendernos.

—¿Qué tal pasaste el día de ayer?

—Tonto, un día tonto y largo —negué.

—Había pensado que te podrías venir esta noche con mis amigas de fiesta, no deberías quedarte en casa comiéndote el tarro.

—No me apetece salir, es la verdad, quiero meterme en casa y quedarme ahí, en mi mundo hasta el lunes.

—Bueno, si cambias de opinión solo me lo tienes que decir.

—Lo sé, pero no creo, de verdad tengo ganas de eso, de ir también un rato a la playa. Por cierto, nos queda nada para coger las vacaciones.

—Sí, tú trabajas la semana que viene y te vas, ¿no?

—Sí, y tú en dos semanas, ¿no?

—Sí, Bruno es el que se va cuando tú vuelvas y a la semana me incorporo yo.

—Pues nada, van a tener trabajo los del otro equipo, espero que no me llamen para ninguna urgencia —resoplé.

—No creo, todo puede esperar, con que avancen un poco está bien.

—Eso espero...

—¿Y no te volvió a escribir desde el martes?

—Afirmativo —reí, pero con dolor—. Nada de nada, aunque lo prefiero.

—Es un necio.

—Totalmente, en fin... Menos mal que follaba bien, porque de lo contrario, ahora tendría un trauma añadido al asunto —le causé una carcajada.

—De verdad que sí.

Parecía que lo habíamos invocado porque en ese momento, me apareció una notificación de Asier. Le enseñé la pantalla a María, la cual me dijo que lo abriera rápidamente.

—¿Rápidamente? ¡No! —reí —Que se espere. De todas formas, ¿qué cojones me quiere decir? En fin, encima de necio, atrevido, estúpido y de todo...

—Quita los datos y míralo, así no aparece que lo hayas leído.

—Ah no, yo de frente, pero que se espere, no sé si lo quiero leer o no.

—Pues yo estoy con la intriga —resopló.

—Y yo, y yo, pero qué asco me da...

—No te da asco, lo usas como escudo —negó riendo.

—Escudo el que te voy a dar como no cierres la boca a la de, ¡ya!

—Vale, jefa, pero yo lo leo contigo, ¿eh?

—Venga toma, léelo —le di el móvil riendo—, pero no me digas nada, por tu cara lo veré.

Y no tardó en abrirlo, pero su cara sí que fue un poema, de esas que te dejan peor aún.

—Vas a flipar en colores —dijo poniendo su mano en la boca y sin dejar de mirar a la pantalla.

—¿Más?

—Mucho más —decía alucinando.

—Venga, lo voy a leer —dije riendo—. Total, si lo tengo que mandar al carajo extrajudicialmente ¡Lo mando!

Cogí el móvil para ver el porqué de la cara de mi amiga.

Asier: A la hora de la salida te espero en la puerta de tu casa, preparas una bolsa que nos vamos el fin de semana.

Solté una carcajada que las personas de las mesas de alrededor nos miraron, mi amiga al verme a mí, reía más fuerte.

—No sé si decirle que le den “porculo”, o mandarlo directamente a la mierda ¿Qué opinas? —me encendí un cigarro, el momento lo requería.

—Dile que has quedado con otro.

—¡Hostias! ¿A qué se lo suelto?

—No eres capaz...

—Parece que no me conoces —negué riendo—, pero realmente es que paso, aunque le tendré que contestar, no quiero verlo en la puerta de mi casa ni de broma.

—Dile que ya tienes planes hechos.

—Es que tampoco quiero darle una explicación.

—Jefa... ¡Ponle lo que te salga del mismo! —negó riéndose.

—Es lo que iba a hacer, pero no ahora, luego en los despachos, que se espere un poquito que no lo quiero descentrar en juicios —sonreí con ironía.

—Pues a mí me vas enseñando las conversaciones, no me dejes con la intriga —advirtió riendo.

—Cotilla...

—Soy tu informante, así que, ya sabes... —me sacó la lengua provocándome una carcajada.

Nos fuimos a trabajar y sobre las doce de la mañana le respondí a Asier.

Yo: Contigo no voy ni a la esquina... Feliz fin de semana.

Hostias, le había dado a enviar ¿No podría haber puesto algo más elegante y conciso? En fin... Es que no me apetecía hablarle nada bien.

Asier: Que graciosa eres, anda luego te veo. Besos.

¿Tonto y juez? Algo no me cuadraba, le iba a tener que hablar en su jerga.

Yo: Su “señoría”, lamento informarle que me gustan más hombres, con más cojones y menos necio como usted ¡Ni a la esquina!

María me miró y le hice señas con la mano de que, tranquila, que luego le enseñaba todo. Sabía yo que este me iba a responder, sí o sí.

Asier: Creo que me he perdido algo, pero, de todas maneras, esto es para hablarlo cara a cara. Te recojo luego para irnos de fin de semana, comeremos por el camino.

¿Por el camino? ¿Otra vez me iba a llevar a ver las estrellas? ¡Pues qué suerte! ¿Y si iba y no le dejaba que me pusiera un dedo encima y jugaba con él? Podría ser entretenido y todo, lo iba a estudiar el ratito que me quedaba para salir, pero claro, a este lo iba a sacar de quicio.

Yo: No tengo muy claro que deba de explicarte nada, de todas formas, creo que te sobran candidatas en tu lista de contactos para ir encantadas contigo a ver las estrellas o lo que sea...

Asier: Ten claro que sí, en un rato nos vemos.

Y dale, le dijera lo que le dijese se lo iba a pasar por el forro del pantalón, pero si decía la verdad, tenía ahora mismo una sonrisa y una felicidad que era para matarme, directamente. Ese hombre me hacía morir de tristeza o de alegría con una facilidad increíble.

Llevé el móvil a la mesa de María, para que leyera los mensajes, esos que le hicieron abrir la boca de par en par.

—Y ahora me dirás que iras...

—Sí —afirmé queriendo llorar y reír a la vez.

—Jefa...

—No me pondrá un dedo encima.

—Pero te hará más daño.

—Quiero ir, lo necesito —negué agobiada poniendo un mano en mi frente y otra en la cadera, estaba desesperada con lo que me provocaba esta situación que era incapaz de controlar.

—Te deseo suerte —rio negando y ya me produjo una carcajada a mí—. Y si te digo mi verdad, eso de que no te pondrá un dedo encima me da pena, ya que es un cabrón pero que está bueno ¡Fóllatelo de nuevo!

—Menos mal que no está Bruno, si no, te mato. No chilles “capulla”, que se van a enterar los de los otros departamentos.

—Les jodan, somos las putas amas de todas las dependencias —me sacó la lengua.

Salí de trabajar un rato después y me fui a mi casa, aparqué el coche y subí a preparar la bolsa, estaba entre rabiosa, feliz, agobiada



Capítulo 10

Me llegó un mensaje diciendo que ya estaba ahí y salí afuera, con una cara de pocos amigos que detectó al momento levantando su ceja.

Le puse la bolsa en la mano para que la guardara y me fui a subir al coche.

—¿Echaste bañador? —preguntó mientras arrancaba.

—Y condones —solté sin dejar de mirar hacia adelante y sin borrar la seriedad de mi cara, aunque por dentro me derretía, verlo tan guapo, tan moreno, con esa mandíbula que me volvía loca...

—Ya los llevaba yo —dijo en tono burlón, intentando sacarme una sonrisa.

—Pues nada, ya tenemos de sobra para montar una orgía.

—No te compartiría con nadie —decía mientras conducía poniéndose serio, sabía que no me iba a hacer reír con nada—. Bueno, ¿me vas a decir que pasa?

—No voy contando mis cosas a cualquiera...

—¿Qué te hizo cambiar de la noche a la mañana?

—Paso de contestar —iba mirando por la ventanilla.

—Lucía, me estoy empezando a sentir mal, pensé que esto era una broma, pero no me está haciendo nada de gracia.

—Pues pega la vuelta como los de Pimpinela y me dejas en mi casa.

—No, no te voy a dejar en tu casa, te vas a venir conmigo y me vas a contar que pasó para que me merezca ese cambio.

—Aquí eres tú el único que no se merece nada y a los demás que nos den.

—Pero, ¿tú crees que te están dando conmigo? Intento ser un caballero, hacerte sentir bien y me las pagas con estas.

—Claro, yo soy tu puta de fin de semana.

—¿De fin de semana?

—Sí, entre semana tienes a otra, para chulo tú, ¿no? —se lo solté por bocazas, luego me arrepentí, pero ya estaba dicho.

—Yo, entre semana lo único que hago es trabajar y si no te llamé para quedar es porque esta semana especialmente la tuve comprometida.

—Claro, el cine y comer helados es algo irrevocable —volví a liarla, pero yo era de las que lo soltaba y luego que pasara lo que tuviera que pasar.

—La has cagado a lo grande —soltó una carcajada.

—Sabes que tengo razón, así que, ríete lo que te dé la gana.

—Eres una idiota —reía.

—Encima, vamos a dejar el tema que hasta asco me da.

—A la vuelta cenaremos con Erika.

—¿Quién es Erika? —pregunté girando mi cabeza con cara de asco.

—Esa con la que tenía el compromiso —sonrió —, a la que me llevé al cine, comimos palomitas, la llevé a una heladería, a un centro comercial, a la playa...

—Y qué quieres que hagamos, ¿un trío? —pregunté con un cabreo de esos que ya me tenía la sangre de los pies, en la cabeza.

—No. Verás, solo vino esta semana para pasarla conmigo, es forense.

—Me alegro por ella, no necesito explicaciones.

—Déjame terminar —me hizo un gesto con la mano para que me callara la boca—. Se llama Erika, es forense y está trabajando en Galicia, y es la niña de mis ojos. Es mi hermana, esa a la que tú acusas de ser, “mi fin de semana” Ella no es de semana, ella es de la que cada vez que viene, como me adora y es el único hermano que tiene, me echa de menos. Luego te enseñé fotos de los dos desde pequeños —me hizo un guiño.

Yo solo quería una cosa, que la tierra me tragara y me escupiera cagando en la cabeza de la bocazas de María ¡La iba a matar!

—Vale, la he cagado, pido perdón, pero eso no quita que tienes unos antecedentes y que de esto te exculpa, pero lo demás, ni un milagro caído del cielo.

Asier aparcó el coche para entrar a comer pescado frito en un restaurante de la costa, frente al mar. Si no fuera por la rabia que tenía, habría quedado como el culo con lo de la hermana.

—Bueno, ¿me explicas eso de los antecedentes? —Pellizcaba el pan.

—Te tiraste a una poli, una secretaria del juzgado, una fiscal y no sé cuantas más.

—Vale, como buena investigadora te propongo algo. Sabes que el fin de semana pasado nos tiramos mil fotos, ¿verdad? Tanto tú con tu móvil, como yo con el mío.

—Sí.

—Lo que dicen ellas puede ser tan cierto como la vida o tan falso como la persona que te lo contó, sea lo que sea, te propongo que investigues si alguna de ellas tiene una foto conmigo, cosa que quiere decir que puede que sea mentira lo que dicen o tal vez que no fueron tan especiales como lo fuiste tú para mí. Jamás metí a nadie en mi casa, salvo a mi hermana —me hizo un guiño.

Y tenía razón, lo decía convencido además de con lógica ¿Quién era yo para juzgar su pasado? En fin, que la había cagado a lo grande, aunque sabía que era un seductor de primera y que se había tirado a las que ya se sabían y a las que no.

—Siento mi cagada —dije levantando la cabeza del plato y mirándolo con tristeza—, pero eso no te va a quitar la fama de mujeriego —reí con vergüenza.

—Tranquila, pero antes de señalar, pregunta, sabes que yo te diré la verdad encantado, puedes contar con ello.

—Bueno, tampoco me debes ninguna explicación, puedes hacer con tu vida lo que quieras, eres libre. Lo que sí me gustaría es que, si vas a tener más relaciones, que me apartes a mí, no me gustaría andar comiéndome las babas de otra —le hice una burla.

—Soy y seré toda mi vida libre, como debería serlo todo el mundo esté en la situación sentimental que esté, pero si quiero pasar el fin de semana de nuevo contigo, es por algo.

—Algo es, es como un abanico amplio en gamas de colores —reí.

—Estoy bien a tu lado, me siento más feliz de lo habitual ¿Te vale?

—No era una pregunta —me encogí de hombros.

—No era una pregunta que te atrevieras a preguntar, pero estabas deseosa de saber la respuesta.

—Bueno, bueno, baja del cielo que estás muy subidito... —reí.

—Ya, pero sabes que tengo la razón y me alegra que sea así, de lo contrario no iríamos en el mismo barco.

—¿Nos vamos a montar en barco?

—¡Payasa! —rio.

Terminamos de comer y yo solo quería seguir matando a mi amiga, pero bueno, al menos me había quedado más aliviada.

Dos horas después estábamos en la costa de Málaga aparcando delante de un precioso hotel muy exclusivo de los que no se decía que Asier llevara a nadie, todo lo contrario, así que otro punto para mí.

Unos jardines muy exóticos, con unas piscinas con cascadas, simulando lagos, algún que otro bar por las instalaciones a modo de chiringuito, con unas vistas al mar espectaculares. Aunque estábamos en una ladera, para ir a la playa había que coger el coche, pero teníamos una panorámica de película.

Nuestra habitación era un bungalow de esos que parecen que están en plena selva, una pasada el exotismo de ese lugar y las pocas habitaciones que había.

—¿Ya conocías este lugar? —pregunté abriendo la bolsa para cambiarme y ponerme un bikini.

—No, pero había visto en alguna revista o por internet lo bien que hablaban de esto y me dije que, ahora era el momento. Por cierto... —Señaló mi mano que sostenía el bikini —No vas a ir a cambiarte al baño, a mí me haces un striptease por haberme puesto en tela de juicio —levantó la ceja.

—¿Ves esto? —Le saqué el dedo y no me dio tiempo a correr cuando me agarró por la cintura riendo y comenzó a mordisquear mis labios mientras yo no dejaba de reír.

Y otra vez sentí que volaba entre sus besos, con el contacto de sus brazos, de su cuerpo, me provocaba de todo.

—Ahora te puedes poner el bikini, pero aquí...

—No, voy al baño a cambiarme —advertí riendo.

—No, no vas a ir al baño —me sostenía con sus manos y me miraba sonriente con esos ojos que penetraban todo mi ser.

—No me hagas salir corriendo —reí intentando apartarme de él.

—¿Así de poca fuerza tiene una inspectora? —Me retó y fue cuando saqué todas mis fuerzas, lo empujé hacia la cama y salí corriendo hacia el baño y me encerré en él.

¡A mí...! ¡Por favor! Comencé a reírme sentada en la tapa del wáter.

—Cuando salgas el castigo será mayor —escuché que decía tras la puerta.

—A mí con amenazas... —comencé a reírme.

—Elige... O sales desnuda y todo sucederá con normalidad, o sales con el bikini y te verás sometida al peor de mis castigos...

—¡Qué te follen! Tengo el neceser aquí con un paquete de tabaco, además de un minibar que, por cierto, aplaudo al que tuvo la brillante idea de poner esta nevera en el baño, así que no tengo prisa por salir.

—Si fumas saltará la alarma y vendrán los de seguridad...

—Ya lo vas entendiendo... —solté otra carcajada.

—Te cuento hasta diez, nueve...

—Por mí puedes contar hasta mil “señoría”.

—Ocho, siete, seis, cinco...

—¡Por el culo te la hincó!

—Cuatro, tres, dos, uno...

—¡Cero! —grite sacando el dedo a sabiendas que no me veía, pero yo me lo estaba pasando bomba.

—Aquí sentado en la cama te espero, tú te lo has buscado...

Sabía que se estaba riendo, al menos con esa sonrisa que dibujaba en su cara, pero también era consciente de como dominaba la situación, me iba a coger y me la iba a dar mortal ¡Pobre de mí! Me dolía el lado de tanto reírme.

Cinco minutos, diez... Dos golpes en la puerta.

—Lucía ¿Estas bien?

—Del carajo, ya me he bebido dos botellitas de cava y una de Rioja —aguanté la risa. Era broma, pero al menos lo pondría nervioso, o no, a este no lo ponía tenso ni, aunque se le cayera el techo encima.

—Cuando acabes con todo me avisas y te la mando a reponer.

—Gracias, muy amable Asier.

—De nada, tú tranquila, no hay prisa.

—Eso me alivia, ya me estaba estresando.

—No, por favor, no te estreses, para eso te traje aquí, para que ocuparas el fin de semana como quisieras, incluso lo podías pasar en el baño, era otra opción y contaba con ello —decía con ironía.

—Una cosita... ¿Puedes salir y darme por la ventana del baño algo de comer?

—¿Te quedaste con hambre? —Sabía que esa pregunta iba con segundas y hasta que se estaba mordiendo el labio y sonriendo, con esa cara de pillín que tan loca me volvía.

—Hombre, no sé si es buena opción apoyarme en una ventana...

—Asier ¡Qué te den!

—Abre...

—Ni de broma.

—Te espero afuera si quieres y nos vamos a la piscina.

—No te creo.

—Voy a salir, daré la vuelta para que me veas por la ventana y entonces sales tú, tienes tiempo de sobra si eres eficaz.

—Venga vale, coge tus cosas y que te vea en la ventana del baño.

Y eso hizo, un momento después estaba sonriendo con su toalla en el hombro y cruzado de brazos.

—Ve hacia la piscina aquella y en el bar que hay al lado ve pidiendo dos copas.

—Eres una cabrona, ¿lo sabias? —Se giró para comenzar a caminar.

—Lo sabía, lo sabía —reí, entonces salí a coger mis cosas y me fui a darle el encuentro.

Me miraba sentado desde la barra, sonriendo y negando.

—No creas que te vas a librar —dijo besando mi mejilla.

—Yo solo te digo que no vayas de listo que no sabes cómo me las gastos.

—Ya veo, pero creo que no tendrás escapatoria —el camarero nos puso las copas.

—Ya lo veremos... —Le hice un guiño.

Me encantaba, simplemente me encantaba, me ponía a mil, me gustaba su juego, sus miradas, su tono de voz pausado y seguro, su constante manera de controlar todo bajo esa sonrisa escondida, me derretía, es que me derretía.

—Así que tienes una hermana forense... —Jugueteaba con la copa buscándole la lengua.

—Una forense buena, no como tus detectives que son muy malos dándote las noticias —me hizo un guiño.

—Yo no tengo detectives, yo tengo informantes, luego abro la línea de investigación y como ahora, descubro el papel que desempeña esa mujer en tu vida —le saqué la lengua.

—Ya veo... —negó riendo —Pues aplícate la ley, antes de juzgar y señalar con el dedo tienes que tener muy claras las evidencias, una prueba sin desarrollar puede condenar a un inocente.

—¡Te follen! —reí negando, dejando la copa en la barra y metiéndome en la piscina.

No tardo en venir.

—Lo de que me follen... ¿A qué hora sería? —preguntó a mi oído.

—A la hora que contrates mis servicios. Me pones quinientos euros sobre la mesita de noche y soy toda tuya —bromeé encogiéndome de hombros.

—Lo veo justo —hizo un gesto con sus labios.

—Pues ya sabes... —sonreí ampliamente.

—Lo tendré en cuenta —me pegó a él y me besó.

—Esto no está dentro de la factura —carraspeé.

—No te preocupes que lo abonaré de igual manera.

—Así me gusta —aguanté la risa mientras él me miraba con esa mirada que se clavaba en todo mi ser.

Estuvimos todo lo que quedaba de tarde entre la piscina y tomando copas. Me encantaba como me trataba, su ironía, su forma de ser, me tenía babeando continuamente.

Estaba de lo más nerviosa con que teníamos que ir a ducharnos y que iba a pedir la cena para que la trajeran al bungalow, sabía que como me cogiera allí me iba a dar lo del baño y lo de su prima, pero en el fondo es lo que deseaba, me tenía de lo más cachonda, para que iba a mentir.

En un momento dado, me cogió en brazos, agarró nuestras cosas y me llevó en volandas hasta el bungalow mientras le decía de todo.

—Espero que no se te ocurra encerrarte toda la noche en el baño, es de lo más incómodo —decía mientras abría la puerta con la tarjeta y conmigo en brazos.

—Yo paso, no puedo tener miedo a un medio macho como tú —reí pegando mi cabeza a su hombro.

—Cuando quieras me das un curso —carraspeó llevándome hacia la cama, pero me levanté inmediatamente.

—¡Me muero de hambre!

—Vete para la ducha —señaló al baño riendo—, iré pidiendo la cena.

—Yo quiero una hamburguesa con patatas y coca cola, nada de pijadas —dije cogiendo ropa interior y un vestidito de algodón.

—Pues nada, pediré eso para los dos —rio.

Me metí en el baño a toda hostia, sabía que no tardaría en llegar y no tardó.

—Aguarda a que me salga para esperar al camarero —dije para que no se metiera.

—Le dije que en media hora —se quitó el bañador quedando como Dios lo trajo al mundo y regalándome la mejor de las vistas, además, la anaconda ya estaba despierta.

—¡Ah no, a mí no! —estiré la mano advirtiéndole que no entrara, pero nada, la echó hacia un lado y se pegó a mí.

—¿Ahora qué? —Se mordisqueó el labio mientras me apretaba a él con sus manos en mis glúteos.

—Ahora no es momento de que te cobres nada, ahora lo es de ducharnos, salir a la terraza a

cenar las hamburguesas que nos van a traer y coger fuerzas, luego ya veremos —mi tono salió sugerente en un intento de convencimiento.

—Bueno ¿Y quién me garantiza que luego no volverán las excusas? —Me movió un poco sobre su miembro causándome que soltara el aire acelerado de la excitación que me estaba entrando.

—Tienes razón —dije mientras sus labios procedían a clausurar los míos con un beso de esos que la intensidad va cobrando fuerza a proporción con la excitación.

Me giró y se pegó a mí, con una mano me agarraba un pecho, con su mano cruzada de forma que me podía inmovilizar y la otra la llevó a mi entrepierna para perderse por mi cavidad de la zona íntima.

Con sus piernas apartó un poco las mías y su mano tuvo más libertad para comenzar a acariciar mi clítoris y moverme a su ritmo por el placer que ello me causaba. Ya me faltaba el aire, la vida, todo, solo quería llegar a ese momento en el que soltaría todo lo que ahora se estaba conteniendo.

Casi caí desplomada ante sus brazos que me sujetaban, esos que me hicieron doblarme para ponerme en la posición perfecta para embestirme por detrás, con esos golpes coordinados que hacían retumbar todo mi interior mientras yo me apoyaba sobre la pared de la ducha y ahogándome en otro profundo sin aliento de placer. Así era él, un perfecto amante, un seductor de lo más sensual.

Lo miré sonriente cuando me giré después de acabar, me pegó a él y comenzó a enjabonarme, con esa sonrisa que no dejaba de ponerme de lo más taquicárdica.

—No me mires así —sonreí ruborizada.

—¿Por? —Su mirada penetrante con esa media sonrisa me lo complicaba todo más.

—Eres muy raro...

—¿Y eso? —Arqueó la ceja.

—Ya un día te lo cuento —terminé de enjabonarme y salí para secarme.

No tardó en llegar la cena y comimos en la terraza del bungalow, aquella hamburguesa tenía una pinta de esas que te llaman a gritos, como las patatas, bien fritas como a mí me gustaban.

—Sabes que me debes una bien grande —dijo mientras mordisqueaba la hamburguesa y dejaba esconder la risa, pero nada, estaba buscándome la lengua.

—Mi novio no me deja —me encogí de hombros.

—¿Qué novio? —rio.

—¿No te hablé de él? —Mi cara puso gesto de circunstancias.

—No, no me hablaste...

—Ya te lo presentaré, se llama el Johnny, ahora está en la cárcel por pasar hachís por el Estrecho —me encogí de hombros.

—Pues ese no sale más, que lo sepas —rio ante mi broma.

—Ya lo veremos, le estoy preparando una fuga que va a sonar hasta en los Estados Unidos de América —le saqué la lengua.

—¿Tanto lo quieres? —Continuaba mi broma con semblante serio.

—Mi Johnny es mucho Johnny.

—No te veo a ti con tan poca clase de irte con un narco o similar...

—Las clases no van en la profesión, van en el corazón —le hice un guiño.

—Te la estás buscando...

—No te temo, es más, voy a abrir una investigación contra usted —le señalé con el dedo.

—Atrévete.

—No me desafíes... —reí.

—Como hagas la investigación como la de Erika, apaga y vámonos.

—Esa no la hice yo, te lo garantizo, no sabes adonde habría llegado...

—A chocarte contigo misma, por desconfiada.

—Bueno, cree lo que quieras...

—Estabas celosa, reconócelo, es muy simple.

—Mira “señoría”, no me hagas reír —solté una carcajada, pero él capullo tenía razón, me habían entrado unos celos de esos que arañan el alma, pero vamos, que de esta se libró, pero yo no me creía mucho que no fuera un Don Juan.

—Ya no tienes mejor opción que yo, al menos desde el viernes pasado que aparecí en tu vida de una forma informal —dijo un trago al refresco.

—¡Uy lo que has dicho! —Me puse la mano en la frente —Me vas a lamer tanto el culo, que no se te va a olvidar jamás como tuviste que arrastrarte por pasar momentos conmigo, eso sí, este fin de semana no cuenta —le advertí con la mano—, pero a partir del lunes vas a llorar por mi amor —hice un gesto en plan chulesco.

—Te puedo mandar a poner ante mí cada vez que quiera y lo sabes...

—Claro, llamándome a declarar mil veces, pues vaya manera más penosa de conseguir llamar mi atención —negué riendo.

—Me debes un striptease...

—Eso cambia el tema —reí.

—¿Estás muy graciosa hoy o es cosa mía?

—Estoy en mi salsa, comenzando a ser yo, no sabes con quién has ido a dar —moví la mano rápidamente.

—Deseoso estoy de descubrirte...

—Pues prepárate “señoría”, que te cayó una buena.

—Estoy preparado —su tono relajado era lo que más me provocaba ir a su yugular ¿Cómo podía ser tan Juan cojones? Y encima no se despeinaba.

A él le encantaba tener el control de la situación, hacía como que bajaba la guardia, pero la tenía subida en todo momento.

Tras una cena llena de miradas que nos provocaban risas, nos fuimos hacia el interior.

Antes de que me quisiera dar cuenta, ya estaba nuevamente expuesta frente a él, en ropa interior. Era un mago o, ¿cómo lo hacía? Creo que su hechizo residía en la intensidad de su mirada, esa mirada penetrante que se clavaba en mí pidiendo guerra y a la que tanto me encantaba sucumbir. Asier era llama, y yo estopa... ¡La combustión estaba servida!

—Preciosa, eres sencillamente una preciosa —me levantó la barbilla y empezó a besarme con lentitud, sentí aquellos temblores que solo él sabía provocarme.

—Eso se lo dirás a todas —reí con ganas, dejándome hacer.

—¿Ya estás de nuevo con la cancioncita? ¿Cuándo dejarás de tener la mosca detrás de la oreja? —preguntó con gracia, tras lo que me acarició y me derretí.

—Pssss, ni idea, tu fama te precede y lo sabes —me mordí el labio y lo provoqué.

—No puedo con esa mordida de labio, es superior a mí —ya lo tenía encima, me sentía prisionera de sus brazos y no podía imaginar una prisión que me gustara más...

—¿No puedes, por qué? —le busqué un poco la lengua, esa que acababa de probar.

—Porque eres rematadamente provocadora y lo sabes —y vuelta a aquel carrusel de besos que me fascinaba.

—Y tú un adulador nato y también lo sabes —repliqué con deje sugerente.

Me agarró por el trasero y lo apretó, por toda respuesta. A continuación, metió la mano por debajo de mi delicada ropa interior y noté cómo aquellos dedos tenían ganas de juego.

—Joder... —gemí.

Le gustaba hacerme esperar, llevarme al límite una y otra vez, y notar cómo mis ojos imploraban más y más. Noté que mi respiración se comenzaba a acelerar al mismo tiempo que mis mejillas, adquirían un tinte rojizo por lo sofocado de un momento cien por cien deseado.

El sexo con Asier era lo más parecido posible al fuego y yo deseaba que ambos ardiéramos. En cuanto a él...Él sabía lo que yo necesitaba mejor que nadie y tenía la certeza de que iba a dármelo.

Tumbada como estaba, el interior de mi cavidad más íntima echaba chispas mientras aquel toque maestro en mi inflamado clítoris llamó a un orgasmo tan fuerte, que hizo que hasta el último vello de mi cuerpo se erizara.

El ímpetu con el que arañé las sábanas me hizo pensar que pudiera haberlas rasgado, mientras mi boca clamaba por dejar salir aquellos gemidos que provenían de lo más hondo de mi interior. Recibí aquel placer infinito con sus ojos puestos en los míos, mientras mi cuerpo se curvaba por la fogosidad y yo notaba que quedaba laxa. A su vez eso me dejaba en sus manos, aquellas experimentadas manos por las que yo me dejaba llevar.

—¿Bien? —preguntó acariciando mi mentón y regalándome otra serie de ardientes besos que volvieron a encenderme.

Para entonces, su sexo comenzaba a rozar el mío, demostrándome que su estado trascendía el ámbito de lo incipiente... Asier había comenzado a arder, me lo decían las llamas de sus ojos y el poderío de aquel miembro que iba avanzando puestos, colocándose en la entrada de mi húmeda cavidad, que lo llamaba a gritos.

—Bien, bien —sentí su mano en la nuca y el modo en el que juntó sus labios con los míos, mientras su sexo avanzaba hacia mi interior sin tregua.

Sentirlo en mi interior me empoderaba. Él tenía algo que yo no sabía describir. Hacerlo con Asier, era pasar al siguiente nivel.

La fuerza con la que me poseía combinaba con aquella sutileza que me hacía sentir tan especial en sus manos. Asier comenzaba a moverse cada vez con más vigor, sin dejar de buscar mi aprobación. Y yo no solo le daba esa aprobación, sino todo lo que me hubiese pedido en aquellos momentos.

No fue hasta ese instante cuando mandó a paseo mi sujetador y dio rienda suelta a un festival de lamidas sobre mis senos que reactivó todos mis sentidos. La dureza de mis pezones combatía con la de su miembro, que seguía produciendo el máximo de los deleites en cada uno de los más internos de mis recodos.

Conforme mi humedad crecía y mis gemidos se intensificaban, lo hacían aquellas embestidas que me recordaban por qué Asier era virilidad en estado puro. Luego estaba la pasión de sus besos, unos besos que no dejaba de regalarme como recordatorio de que yo para él, era más que sexo...

En cuanto a mí, la imagen de aquel torso desnudo no hacía sino acrecentar mi deseo de perderme en él. No solo estaba fuerte, sino que ardía, me lo dijeron mis senos cuando fueron a encontrarse con su torso. Las brasas de la mirada de Asier se habían extendido a todo su cuerpo, haciendo que en mi pecho pareciera estar celebrándose una carrera de caballos, de lo mucho que me palpitaba.

En el momento en el que me dio la vuelta y, mientras me seguía poseyendo, sus dedos

volvieron a dar aquellos suaves toques en el botón del placer que era mi clítoris. Supe que un nuevo orgasmo estaba llamando a mi puerta. Me volví para mirarlo, pues no quería que se lo anunciaran solo mis gemidos, sino también mis ojos.

El indescriptible goce que ya estaba sintiendo, encontró su reflejo en el de él, que acentuó el ritmo hasta demostrarme que iba a llegar igualmente al culmen en cuestión de segundos, y para que no se dijera que yo no había contribuido, lo hice con aquellos movimientos circulares que su mirada me pidió que no cesaran.

En la cama, formábamos un equipo perfecto. Ya lo sabíamos de antes, pero nos lo confirmaron aquel par de orgasmos simultáneos que nos hicieron rozar el cielo. Después de eso, Asier me ahuecó en su pecho.

—Ojalá hayas disfrutado tanto como yo lo he hecho —alcanzó mis labios y los besó tras darme un toque en la nariz con su dedo.

Y aquellas palabras no solo sonaron bien para mis oídos, sino para mi corazón, que sonrió al escucharlas.



Capítulo 11

Escuché a Asier hablar con alguien, esperé a que se fuera y me levanté, entonces comprobé que habían traído un succulento desayuno que habían dejado sobre la mesa de la terraza.

—Vaya despertar de mierda, pensé que me darían una alegría para mi cuerpo y mira... — Señalé a la mesa y me senté bromeando, haciéndome la indignada y chula, como no.

—Buenos días, “miss simpatía” —ladeó la cabeza y se agachó a dar un beso a mi coronilla.

—Buenos días, juececito...

—Ya veo que tienes de vez en cuando un despertar malo.

—Siempre, lo que pasa es que antes disimulaba —sonreí con ironía.

—¿Y hoy no puedes hacerlo? —preguntó en voz baja acercándose a mí por encima de la mesa.

—Échate para atrás que invades mi desayuno.

—Vaya por Dios, veo que no lo pones muy fácil.

—Negativo eres, hijo —negué haciéndome la indignada y aguantando la risa.

—Negativo yo —se señaló a él mismo, incrédulo.

—Es que te has levantado muy protestón —ataqué mirándolo con asco.

—Te van a faltar cerraduras en el baño como sigas por ahí —aguantó la risa.

—No pienso correr a esconderme, procura simplemente a que no alcance a nada, sea lo que sea te lo parto en la cabeza —le señalé con el dedo a modo advertencia.

—Eso es violencia.

—Eso es intento de asesinato directamente —le hice un guiño y ladeó su cabeza como impresionado.

—¿Tú no serás una poli corrupta?

—Investígame —mordisqueé la tostada mirándolo desafiante.

—¿Qué hago contigo? —rio negando.

—Pagarme todo lo que consuma hoy —le hice un guiño.

—Como si no lo estuviera haciendo desde el viernes pasado —rio negando.

—Pues eso, para que no se te olvide, de todas formas, metí mi cartera en la caja fuerte y de ahí no sale hasta que nos vayamos —le saqué la lengua—, joder que el juez eres tú —hice un movimiento con los dedos, haciendo el gesto del dinero.

—No andarás tú muy corta, señora inspectora, de todas maneras, soy juez, no futbolista —rio.

—Yo estoy pagando una hipoteca —le saqué la lengua.

—¿Y tú qué crees, que a mí me la regaló el banco? —soltó una carcajada.

—Bueno, pero te sobra más que a mí, así que, ¡paga! —Cogí un cigarrillo.

—¿Tú no estás fumando mucho?

—Y follando y nadie se queja.

La cara de Asier fue un poema, frunció el rostro y apretó los dientes.

Tras el desayuno nos fuimos a coger el coche para ir un rato a la playa, queríamos comer en alguno de los tantos bares que había por allí, así disfrutábamos de algún que otro chapuzón.

Alquilamos para el día dos hamacas en uno de los restaurantes que había allí, así que puse la bolsa y me quité el vestido para comenzar a disfrutar del sol.

—Es muy elegante el bañador... —Me señaló con el dedo.

—¿Te pone cachondo?

—¿Tengo que contestar?

—No hace falta, solo hay que verte la cara para resolver la pregunta —reí tirándome mientras me echaba la crema en los brazos.

En ese momento vino un camarero y Asier le pidió dos cervezas, apenas eran las once de la mañana ¡Pronto íbamos a empezar!

Mi teléfono sonó y me entró risa al ver que era María, precisamente a la que quería matar.

—¡Hombre, María! Que ganas tenía de hablar con mi compañera preferida...

—Dime que no estás con él —ríe.

—Con él y con la otra, al final hemos quedado para un trío.

—No será verdad...

—Te lo juro, ayer lo hicimos en un cuarto rojo, bueno en vez de rojo era marrón, color mierda, pero fue intenso —miré a Asier que me escuchaba atento con la boca abierta y alucinando por lo que le decía a María.

—Tía ¿Te liaste con los dos?

—Follamos como locos —aguanté la risa mirando a Asier, que negaba incrédulo.

—Dime que te estás quedando conmigo...

—En serio, el lunes te cuento que ya me están metiendo mano de nuevo. Besitos.

Colgué y miré a Asier.

—Era mi informante —sonreí cogiendo la cerveza.

—Así os va —se puso la mano en la frente negando y sin dejar de reír.

—Nada, el lunes ya la mando a la mierda por la chapuza que hizo y le cuento la verdad, pero ahora la dejamos todo el fin de semana para que su imaginación vuele calenturientemente.

—Vaya... —Ladeo la cabeza y dio un trago a la cerveza —Y una pregunta por quitar la duda ¿Volverás a ser simpática conmigo hoy?

—¿Y cuándo he dejado de serlo? —Me puse la mano en el pecho indignada.

—Nada, cosas mías —volteó los ojos y se tiró hacia atrás.

—Asier... —Me ladeé tumbada para mirarlo.

—Dime, preciosa.

—Si yo me caso contigo...

—¡Dios me libre! —Se persignó rápidamente.

—Pues ya no te digo lo que te iba a decir, por chulo —me tumbé boca arriba riendo.

—Es broma mujer, dime, si tú te casas conmigo, ¿qué...?

—Ya nada —me puse los cascos y cerré los ojos —¡Para! —Se había levantado y comenzó a hacerme cosquillas.

—Dime eso que me ibas a preguntar o decir —me sentó sobre sus piernas.

—No te lo voy a decir, por la burrada que me has soltado, además, tus ganas de que yo me casara contigo.

—No lo había pensado, pero mira, todo se puede barajar con el tiempo.

—¿Qué tiempo? —pregunté mirándolo con desprecio, obvio que bromeaba y él lo sabía.

—Venga, sé valiente y di eso que ibas a decir.

—Era una broma lo que iba a soltar.

—Lo sé, pero suéltala.

—No, ya te tienes que esperar a que en otro momento me coja inspirada —le saqué la lengua y me besó, aguardándome entre sus brazos para luego mirarme sonriente.

—Sé que hoy no te has levantado de buen humor, pero aquí estaré para aguantar tus pataletas.

—Pataletas dice... No sabes aun lo que es una pataleta mía —reí.

Me encantaba su forma de responder, de abrazar, de tratar, me gustaba todo de él y lo peor, es que no llegaba a creermelo del todo lo que me estaba sucediendo, era como si no fuera conmigo. Me hacía feliz, pero sabía que tendría un final, me dolían esas dos vertientes que azotaban mi cabeza.

Pasamos todo el día en la playa, literal, hasta cenamos en ese mismo restaurante. Asier estuvo de lo más juguetón, me llevó al agua y me hizo ahogadillas, me seguía las bromas en todo, encima seguía con esos gestos sexys y sensuales que me hacían enrojecer continuamente.

...Y allí estábamos de nuevo, jugando a lo que más nos gustaba, a dejarnos quemar por las llamas de la pasión.

Lo vi avanzar hacia mí como él era, elegante e intenso como una gacela que acecha a su presa, solo que en este caso la presa no iba a oponer resistencia....

Sonreí y no tardó en devolverme la sonrisa. En resumidas cuentas, ya estaba a su merced y eso se traducía en que Asier, terminaría comprobando a qué sabía cada uno de los recodos de mi suave piel.

—¿Y este temblor? —Señaló mi entrepierna que no paraba quieta.

—No sé, pregúntaselo a ella —reí.

—Voy a hacer algo que quizás le guste más, dejemos las palabras a un lado —ya salió aquel lado seductor que tanto y tanto me ponía.

Y las dejó, pero no su lengua, a la que sacó a pasear y que parecía sentir debilidad por mi rosáceo e inflamado clítoris, que la acogió con júbilo.

—Ufff —suspiré y noté cómo intensificaban sus esfuerzos por hacerme gozar.

Una mano en mi cadera, y otra en mis senos, que pellizcaba, haciendo de los gemidos mi melodía oficial.

Su lengua sabía moverse por aquel terreno como ninguna, parecía que hubiera nacido para ello y Asier...Asier sacaba el máximo partido a un conjunto que cualquier mujer en su sano juicio hubiera calificado de irresistible.

—¡No pares, no pares! —solté al mismo tiempo en una mezcla de gemidos y exclamación que llamó a su sonrisa.

—¿Parar? Ni por todo el oro del mundo —ya le salió ese lado pícaro que era mi perdición, y mucho me temía que lo había sido de otras muchas.

La mano de mi cadera bajó hasta el lugar en el que la espalda pierde su nombre y se dedicó a apretar ese culo que parecía dejarle hipnotizado.

—Me encantas —decía libidinoso mientras sus dedos se hundían en mis nalgas.

Mi garganta emitió un sonido gutural cuando, ante semejante escena, llegó aquel orgasmo que pensé que iba a partirme en dos, sin que Asier diera ni la más remota muestra de que pensara apartarse.

Instantes después, descubrí en su rostro lo que era la satisfacción en estado puro. Hacerme disfrutar se había convertido en su objetivo número uno y la prueba evidente era que reconocí mi sabor en su boca cuando me besó con total fogosidad.

—Ahora yo debería... —reí mientras hice el gesto de bajar a devolverle el favor.

—No te preocupes, no me debes nada, preciosa, es tu momento y quiero que lo vivas intensamente.

—Y lo vivo, y lo vivo... —Toda la sangre de mi cuerpo debía haberse trasladado con urgencia a mis mejillas, pues parecía que iban a estallar.

—Te arde la cara —me dio un pellizco en la mejilla mientras me ponía de espaldas a él y me dejaba frente al espejo.

—Te gusta vernos —cambié el tercio observando cómo la lujuria se iba apoderando de él, conforme nos íbamos mirando.

—Me encanta y lo sabes —efectivamente yo ya lo había comprobado.

Mientras me lo susurraba al oído, notaba la impresionante dureza de su miembro, al cual ayudaban a entrar en lo más profundo de mí, sus dedos, que separaban mis labios.

Sus besos recorriendo la parte posterior de mi cuello, mientras su sexo avanzaba inexorablemente hasta perderse en mis entrañas, hizo que se me nublara el sentido y cerrara los ojos. Quería quedarme con aquellas sensaciones, que luego se reproducían una y otra vez en mi mente.

La fortaleza de sus acometidas llegó a provocarme la risa, por aquello de que me daba la sensación de que íbamos a salir volando. Sin embargo, yo me sentía especial con él, hasta en los momentos en los que sacaba a relucir su parte más viril y salvaje.

En sus manos creía ser una muñequita y potenciaba mi lado más femenino, por lo que me fascinó aquel giro que me dejó tumbada de espaldas. Mientras, él seguía explorando mi cada vez más húmeda cavidad, con sus labios sellando los míos y las llamas de sus ojos abrasando cada centímetro de mi piel.

Y es que con Asier sobran las palabras. Le bastaba mirarme para saber lo que yo deseaba en cada momento, siendo el más solícito y entregado de los amantes. Me agarré a sus brazos, pidiendo mi turno. Que no se dijera que yo no participaba en aquel reparto de placer...

—¿Dónde vas? —se mordió el labio.

—Lo sabes muy bien —y, manteniendo su pene erecto, fui bajando lentamente por él, como resbala una bailarina de *striptease* por la barra de un bar. Del placer que sintió me hablaron sus ojos, mientras yo comenzaba un interminable vaivén en un intento de devolverle el mucho placer que me proporcionaba en cada uno de nuestros duelos sexuales.

—Eres sexy hasta decir basta —me agarraba de las caderas y, lejos de dejarse hacer, me llevaba hacia arriba y hacia abajo.

—¿Tú no sabes estarte quietecito? —En realidad me encantaba lo activo que era en la cama.

—No puedo, verte ahí es superior a mí —suspiró, subió sus brazos y me dejó al descubierto aquel torso que nada tenía que envidiar al de una obra esculpida por el mejor de los maestros.

—Pues relájate un poquito, anda... —Le cerré los ojos y empecé a contonear mis caderas al son de una imaginaria música.

—Ese movimiento es de diosa, ¿lo sabes? —los abrió, no podía estar quieto.

El movimiento de mis caderas no tardó en dar sus frutos. Lo vi venir en sus ojos, que parecían echar fuego cuando, agarrándome fuertemente por las caderas, repetía una y otra vez mi nombre.

—Lu, eres tremenda —musitó sonriente cuando se hubo vaciado en mi interior.

—¿Seguro? —Arqué las cejas pensando que esperaba que lo dijera en serio.

—Seguro —afirmó con total contundencia.

Creo que cada uno éramos único en nuestro estilo. Fundirme con Asier en aquel abrazo final no

tenía precio. En sus torneados brazos encontraba mi refugio, un refugio en el que deseaba hibernar.



Capítulo 12

—Buenos días, inspectora —se pegó a mí como si no hubiera un mañana.

—Buenos días, *puteador* —puse la almohada sobre mi cabeza.

—¿*Puteador*? —rio.

—Sí, eres el que putea a la gente y la mandas a la cárcel ¿Cómo puedes dormir tranquilo?

—Vamos a ver... —Me quitó la almohada y cogió mi barbilla —Para que yo juzgue a alguien tiene que haber gente como tú que me lo ponga delante como acusado, así que no te laves las manos y hagas como si de los demás dependiera la privacidad de libertad de la gente.

—Joder como habla el tío, me he corrido y todo —reí pegándome a su cuello y tirándole un bocado.

—Tenemos que dejar el hotel antes de las doce, así que vamos a darnos un buen desayuno y cogemos carretera, ya improvisaremos algo por el camino.

—Ah no, a mí me llevas a mi casa directamente, tienes que irte con la de las palomitas —reí.

—La de las palomitas me puso un mensaje diciendo que salía antes y que se iba en un rato ya para Galicia, así que, soy todo tuyo —me pegó a su miembro y solté un jadeo, pronto me ponía cachonda este.

—Vaya, ya no tendrás entretenimiento esta semana —volví a gemir con los roces que me estaba metiendo y que volvían a ponerme de lo más excitada.

Nos besamos con intensidad, ni me contestó, sus labios y manos lo hicieron todo y, ¡cómo me gustaba!

Tras unos precalentamientos y una explosión de placer, nos duchamos, metimos todo en las bolsas y nos trajeron el desayuno.

—Estuvo muy bien el fin de semana —dijo sosteniendo el café entre sus manos.

—Sí, muy bien, muchas gracias —sonreí.

—¿Gracias?

—Fue idea tuya... —Volteé los ojos.

—Por ti, me habrías crucificado —arqueó la ceja.

—Te lo merecías.

—Ah no, fue cosa de tu mala informante.

—Pues condénala —sonreí con ironía.

—Aún la puedo joder un poco y no precisamente como ella quisiera.

—¿Cómo ella quisiera?

—Ajá...

—¿Qué me estás diciendo?

—No han sido una, dos o tres veces las que fingió encuentros casuales conmigo, esto viene de hace mucho...

—¿¿¿María???

—La misma...

—Asier ¿Me estás diciendo que...?

—Ella sabía que era mi hermana.

—¿Me lo dices en serio?

—Totalmente, quiero que andes con precaución, no debes fiarte de ella.

—Asier ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería primero aclarar ese punto y segundo no hacerte pensar mucho en ello durante la estancia, mi principal objetivo es que disfrutes, no que te amargues por la mala baba de los demás.

—¿Está enamorada de ti?

—No sé si es amor, pero obsesión seguro que sí.

—No me lo puedo creer...

Eso me dejó tan fuera de juego, que cuando dejamos la habitación e íbamos hacia el coche aún estaba en shock ¿Cómo podía jugar tan sucio María? ¿Sabía que era su hermana? Y yo bromeando diciendo lo del trío, ya sabía ella que era mentira entonces, pero bueno, si lo de ella era verdad ya para mí había perdido mucho y nuestra relación, por supuesto, iba a cambiar por atreverse a intentar joderme con mentiras, lo más honesto es que hubiera venido de frente.

Ya me invadía un poco la tristeza de saber que iba de vuelta, pasar las horas con Asier, era toda una plenitud de felicidad y es que no podía ocultarlo, aunque no se me quitaba lo de mi compañera de la cabeza ¿Sería cabrona? No me lo podía creer...

Estaba de lo más cariñoso por el camino, lo que me daba un poco de cosa es que no hizo un amago para parar a comer, ¿me quería devolver rápido?

Cuando llegamos paró delante de una freiduría y eso me sacó una sonrisa, compró unos papelones de pescado frito y volvió al coche sonriente.

—¿En tu casa o en la mía? —preguntó arrancando el coche sonriente.

—En la mía —sonreí negando.

Llegamos a la mía y bajó mi bolsa junto a las de la comida que había comprado.

—Algo me dice que te cambió el humor durante el camino —agarró mi barbilla con delicadeza y me besó.

—Bueno, será que recordé que mañana es lunes...

—No es eso y sabes de lo que hablo ¿A que tienes miedo?

—A nada, no entiendo lo que quieres decir.

—Si lo entiendes —mordisqueó mis labios.

—No puedo entender algo que no me explicas, ni que fuera adivina —protesté mientras él se separaba sonriente y preparaba el surtido de pescado en platos como si estuviera en su propia casa, cosa que me encantaba.

—Lo eres, tiene tu instinto policial, ese que quieres disimular conmigo —me hizo un guiño mientras preparaba la mesa de lo más feliz.

—No me pasa nada, no tengo miedo a nada y será que todos los días no nos levantamos con el mismo ánimo o con las mismas ganas de todo.

—A ti lo que te pasa es que tienes temor a no verme durante la semana —abrió dos botellines de cerveza.

—Tú te lo tienes un poco subidito, ¿no?

—¿Dónde me vas a invitar a comer mañana? —cambió la pregunta y me sacó encima una

sonrisa que me hacía darle la razón en todo.

—Mañana es día laboral, ya sabes, no te toca conmigo —bromeé rezando porque siguiera insistiendo.

—¿Todo eso por no pagar una comida? —Levantó la ceja.

—Ah no, ahora te doy diez euros y mañana te comes un Burger a mi salud —le saqué la lengua.

—Eso, no te rasques el bolsillo... —rio negando.

—¿Yo? Ni que fuera juez y tuviera a las polis de pacotilla enamoradas —solté con segundas.

—Bueno, tampoco quiero que esto te sienta mal, solo me sinceré, no quiero ocasionarte problemas en tu trabajo.

—Yo sé lo que tengo que hacer —sonreí con ironía.

—Lo sé, pero que no se te vaya la cabeza.

—¿Por ti?

—Por mí no, por la situación —negó riendo.

Lo de María me tenía de una mala leche que no podía con ello, era la verdad, pero le iba a dar por la espalda, como ella y a eso no me ganaba nadie.

Tras la comida nos fuimos un rato a una playa cercana, lo de nosotros era mantenernos vivos, despiertos, lo demás eran tonterías, pero luego llegaría el lunes y eso ya podía cambiar la cosa, así que seguía con esa tontera que tenía ese día encima, pese a que Asier me colmaba de besos y abrazos, de mimos, de miradas que me hacían sentir de todo.

Después de la playa me dejó en mi casa, no sin antes cenar un Kebab en la calle, habíamos aprovechado a tope el fin de semana.

—Esperaré a que mañana un alma limpia me invite a comer —dijo cuando paró en la puerta de mi casa.

—Alma limpia... No conozco yo a nadie con esas características —sonreí.

—Yo confío en que sí —agarró mi barbilla y besó mis labios.

Nos despedimos y subí como en una nube, pero la verdad es que tenía rabia por lo de mi compañera, rabia por acabar el fin de semana y rabia por todo, estaba en guerra con el mundo.



Capítulo 13

Ahora estaba claro que María no se había creído que me hubiera montado un trío con la chica del cine pues ya sabía que era su hermana...

Pues tocaba disimular y ver por donde me salía la pájara esta.

—Buenos días, jefa —dijo cuando entré al despacho sonriendo como la que no sabía nada—. Vamos a desayunar tengo mucho apetito.

—Claro —sonreí.

Tenía unas ganas tremendas de darle juego y se lo iba a dar, esa no me había conocido a mí como cabrona en mis treces, ahora iba a ser su peor pesadilla, iba a pedir urgentemente un traslado, vamos que sí, ya me encargaría yo.

Me agarró del brazo al salir de las dependencias en plan cotilla.

—Explicame eso del trío... —Claro ella sabía que la otra era su hermana, pues ahora la iba a volver loca.

—Si, Davina, la chica con la que queda para ir al cine —le cambié el nombre para ponerla más nerviosa.

—¿Y cómo es Davina? —Quería comprobar si me había equivocado con el nombre.

—Pues rubia, ojos azules, con un buen culo...

—Así no era la que vi yo en el cine.

—¿Ah no? —Eso lo sabía yo, pero la iba a volver majara para que creyera lo del trío y algunas cosas más. Nos sentamos en la terraza.

—Este tío tiene muchas —dijo creyéndose que se saldría más con la suya.

—Ya me explicó eso él... —Apareció el camarero con todo, nos veía de lejos y ya sabía lo que queríamos.

—¿Qué te explicó?

—Pues que es un poco de gustos perversos, que no puede estar sexualmente con una mujer y que le gustan los círculos viciosos, pero que se enamoró de mí y me quiere como a su mujer, a las demás la tendremos para sexo sumiso y eso —solté aguantando la risa y disimulando para hacerla creer que era así la cosa.

—¿Quiere que seas su mujer y tener sumisas?

—Ajá... —sonreí mientras sujetaba el café.

—¿Y tú lo vas a permitir?

—Claro, nos casamos en cuatro meses.

—¿¿¿Qué???

—¿No te alegras?

—Claro que me alegro, pero no sé, no te veía...

—¿Capaz de casarme con alguien y tener una relación abierta?

—Pues eso...

—Me encanta el sexo y más si es con Asier, no me preocupa compartirlo siempre que yo sea participe y es que folla...

—Pero... ¿Cómo te vas a casar si lo acabas de conocer?

—Son dos fines de semana juntos y pasaron cosas entre nosotros que otras parejas necesitarían mucho tiempo más, él perdió la cabeza por mí y yo por él, así que fue muy intenso todo.

—Te voy a ser muy clara...

—Dime... —sonreí a sabiendas que cualquier cosa que me dijera no la creería, ya sabía que había ido detrás de él como un perro faldero y no lo había conseguido.

—Conozco muy bien a Asier, no debes de fiarte.

—¿Y eso? ¿En qué te basas?

—Estuve con él durante un mes, está claro que a mí no me ofreció tríos y mucho menos me reconoció que estuviera con otras, cosa que yo sabía. Pero ten cuidado con él, a mí me hizo la vida imposible cuando lo dejé y fue hablando mentiras sobre mí para que llegaran a mis oídos, me he visto muy presionada y coaccionada por él.

No me podía creer lo que me estaba diciendo ¿Podía tener tanta cara dura? ¿Sería verdad? ¿Qué estaba pasando?

—¿Has estado con Asier?

—Te lo puedo demostrar —abrió el móvil y me enseñó varias fotos de ellos dos juntos en cenas, copas y demás.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Comenzaron a saltárseme las lágrimas y le conté todo, que con ella estaba bromeando y que no había tríos pero que él, me había dicho que ella era la que lo perseguía.

María me contó con detenimiento todo lo que había pasado y que hasta pensaba que se había acercado a mí para hacerle a ella más daño, lo de la hermana me juró que no la conocía ni sabía si la tenía, todo aquello me volvió a tirar por los suelos y sumirme en un tremendo dolor.

¡Era gilipollas! Eso era, una gilipollas que se había creído a un Don Juan, un hombre capaz de ponerme en contra de mi propia compañera para salirse con la suya.

Esa mañana me faltaba hasta el aire, me lo pasé resoplando ante la mirada de María, que parecía estar padeciendo mi dolor, no le gustaba verme así e intentó consolarme en varios momentos.

Cerca de la hora de salir me llegó un mensaje de Asier, miré a María negando y se me saltaron las lágrimas.

Asier: ¿Dónde nos vemos?

Verlo... Qué sencillo si fuera una persona de verdad, de esas que tocan el alma y no te la destruyen.

Mi rabia habló por mí.

Yo: Vete a la mierda...

Me puse un rato después a recoger mis cosas y me despedí de mis compis hasta el día siguiente, me fui cinco minutos antes, pero es que quería chillar, llorar y de paso darme dos chocazos contra la pared.

Llegué al coche y lo cogí, me fui hacia el restaurante de una playa a tomar algo y picar alguna tapa, no tenía ni hambre, pero cero ganas de ir a mi casa y menos de hablar con nadie.

Me senté en una de las mesas que había bajo la sombrilla en la parte de la arena, me quité los zapatos, llevaba pantalón corto y estaba fresquita.

El camarero no tardó en acercarse.

—Una cerveza de barril fresca y un surtido de pescado para una persona.

—Que sean dos cervezas y un surtido doble —dijo Asier, sentándose bajo mi cara de no poderme creer que estuviera ahí.

El camarero asintió y se fue.

—¿Qué haces aquí?

—Te seguí desde las dependencias, pero me costó encontrar aquí aparcamiento, no tuve tanta suerte como tú —se encogió de hombros—. Y ahora dime, ¿por qué razón debo irme a la mierda?

—Eres un cínico —negué con rabia.

—Vale, supongamos que piensas que lo sea ¿en qué te basas? —Me miró sin titubear, fijamente, como siempre lo hacía, con esa pasividad y relax que le caracterizaba.

—No tengo que explicarte nada...

—¿Qué cojones te dijo María para que de ayer a hoy tengas esa actitud? —dijo echando su cuerpo hacia delante, sobre la mesa, en voz casi murmurante.

—Bien sabes que es María...

—Otra persona no puede ser —negó con enfado y el camarero nos puso las cervezas.

—Así que, era ella la que te buscaba... Qué fuerte, que mentiroso eres.

—Ella, solamente ella, te lo dijo con rotundidad, que demuestre lo contrario.

—Eres tú el que la buscas y estás conmigo por acercarte a ella más y sabes que pasa de ti.

—¿Eso dice esa tipa?

—Esa tipa no, es mi compañera y la respetas.

—Mis respetos terminan donde comienza la maldad humana.

—Has estado con ella y lo sabes.

—No me he tomado ni una copa con ella.

—Sus fotos no dicen lo mismo —le hice un guiño.

—¿Qué fotos? ¿Qué cojones de fotos?

—Las que tiene de ustedes dos del tiempo que estuvisteis juntos —sonreí con amplitud e ironía.

—¿¿¿Fotos conmigo??? ¿¿¿Me viste bien la cara???

—Eh, relájate, fierecilla, que los tienes muy gordos para tirarte todo lo que se menea y muy flacos para asumir las cosas.

—Te voy a decir una cosa, solo una, veremos quién tiene la razón, solo eso y no te voy a explicar lo que no vas a querer comprender y mucho menos creerte, pero ten claro que la verdad solo tiene un camino y yo sé cuál es.

—Tú lo has dicho, la verdad solo tiene un camino y está perfectamente documentado gráficamente.

—No quiero ofenderte, pero para ser inspectora...

Se hizo un silencio, pues el camarero apareció con la comida.

—Para ser inspectora qué, ¿Asier?

—Que no ves más allá de lo que te cuentan, que no eres capaz ni de siquiera poner en duda algo.

—Lo vi —dije acercándome a él, en plan chula y enfadada por encima de la mesa.

—Pues yo te haré ver que mereces ir a un buen oftalmólogo —asintió enfadado.

—Y tú a un psiquiátrico, porque no veas lo que escondes...

—No escondo nada, no soy ni mejor ni peor, pero mi conciencia está bien limpia y no me la va

a manchar una persona como ella, pero no te preocupes que la pondré en su sitio.

—Ni te acerques a ella o te la verás conmigo —advertí enfadada.

—Se cómo tengo que actuar —me hizo un guiño, pero lleno de enfado, se le veía que no estaba bien y nada cómodo, pero era lo que tenía sentirse acorralado.

—Te aviso, Asier, te aviso y no lo voy a hacer más de una vez.

—¿Qué pasa que tú eres de las que se cree cualquier cosa y los demás nos tenemos que comer la culpa de lo que no somos? ¿La vas a hacer víctima?

—Solo te digo que no quiero que te acerques a ella o te la verás conmigo —me levanté enfadada, dejándolo ahí sentado sin darle opción a replica.

Me fui con unas ganas impresionante de haberle tirado el pescado por la cabeza, me daba una rabia increíble que fuera incapaz de reconocer las cosas a pesar de las evidencias, me estaba volviendo loca, me ponía de lo más enfurecida. Todo me pasaba a mí, a mí por estúpida.

Llegué a casa de mi amiga y entré como la que va a la guerra, me tiré en el sofá y me puse a ponerla al día, estaba alucinando, no se esperaba nada de nada, la boca de ella abierta era el claro ejemplo de que estaba flipando en colores.

Ella tenía la teoría de que era entonces un ataque de cuernos por ver que no la conseguía así que lo puso de vuelta y media, vamos, que lo pusimos fino. Dijimos de él de todo, menos bonito.

Esa noche llegué a mi casa con la cabeza como un bombo, solo tenía ganas de llorar y de que la tierra se lo tragara y lo escupiera en otro continente.



Capítulo 14

Y llegó el martes y con él un sentimiento de que nada iba bien, que me ponía de muy mal rollo.

Llegué a las dependencias y me encontré a María, me miró y me hizo señas para ir a desayunar, al final íbamos a montar el despacho en la cafetería de enfrente.

Estuvimos como una hora con el desayuno, le conté todo lo del día anterior cuando me siguió hasta la playa y lo que había pasado, ella no paraba de decir lo sinvergüenza que le parecía y es que no era para menos.

Volvimos a las dependencias y fui a por una documentación al otro departamento de denuncias y no me lo pude creer al ver allí a Asier.

—¿Qué haces aquí? —pregunté ignorando a mi compañero que le estaba redactando algo.

—Denunciar a tu compañera María por acoso, falsedad documental y unas cuantas cosas más, ahora que demuestre ante un juez que esas fotos que te enseñó no son los tipos de montajes que cualquier ilustrador puede hacer para una portada de película o libro. Jamás he estado con esa mujer a solas, la evité siempre y me parece ya muy fuerte que me acosen y perjudiquen de esa manera, ahora que lo juzgue un juez —dijo en tono enfadado ante la atenta mirada de un compañero mío, que estaba descompuesto por recoger una denuncia de una compañera de las dependencias.

—Sal a hablar conmigo, Asier —le señalé la puerta.

—Tengo que terminar de formular la denuncia —ladeó la cabeza.

—Sal ahora mismo afuera para hablar conmigo —mi tono era más enfadado.

—Disculpe, en un rato nos vemos —dijo al policía y se levantó.

Salimos hacia fuera y me lo llevé a la cafetería, no me podía creer lo que estaba pasando.

—Asier, explícame que cojones estabas haciendo.

—Alguien tendrá que aclarar esto y yo no estoy dispuesto a dejar pasar por alto que estén jugando con mi dignidad.

—Pero esas fotos...

—¡Son fotomontajes! Y tú deberías de haberte dado cuenta, yo no la vi, pero te puedo garantizar que lo es y si estás tan segura, déjame llevarla ante un tribunal y que sea él, quien lo diga.

—Me estoy volviendo loca... —resoplé mientras él pedía al camarero dos cafés.

—No me puedo creer que no me hayas dado el beneficio de la duda.

—No sé qué pensar, me estoy volviendo loca, no la veo tan retorcida.

—Ni yo entiendo cómo puede estar en el cuerpo con ese desequilibrio mental.

Le mandé un mensaje a María y le pedí que me enviara las fotos, la iba a mandar a un compañero a analizar, pero ella me dijo que de su móvil no salían y ya me estaba haciendo sospechar ¡Como podía ser tan idiota!

Ella no sabía que estaba Asier conmigo ni que había estado poniendo la denuncia, pero no me las quiso enviar ¿No era sospechoso?

Le pedí a Asier que no me dijera nada más y que, por favor, por ahora no siguiera la denuncia, que me dejara pensar y respirar ese día, porque iba a estallar y me iba a dar algo. Estaba con taquicardia y con dolor de cabeza, me sentía como una bomba a presión a punto de estallar.

Me entendió y tras el café se marchó, me fui directa a sacar a María fuera y me encontré con que se encontraba mal y se había ido a ver al doctor ¡Hija de p...! Yo la había visto un rato antes y estaba perfecta, se estaba oliendo algo y se iba a quitar de en medio con una baja, me lo estaba viendo venir...

Ese día lo pasé que trinaba, María no me cogió el teléfono en ningún momento.

Sí que envió al departamento su baja por depresión, por depresión, ¡para flipar! Eso fue lo que comprobé al llegar al trabajo al día siguiente en el que era una energúmena y solo quería enfrentarla.

Asier me puso un mensaje y le dije la verdad, la había cagado...

No tardó en decirme que abriera un expediente para mover de departamento a María, ya que sería el cáncer de mi grupo y después de lo que estaba haciendo era mejor apartarla, además era cierto. Ahora estaba claro que era cierto todo lo que había dicho Asier.

Lo que más me dolió es ver como no me dijo de quedar, de vernos, como si su propósito era que yo me hubiera dado cuenta y ahora dejarme de lado por lo que le había hecho, por la desconfianza y lo mal que lo había tratado sin dejarle ni siquiera un margen de duda.

Fueron terribles esos días de trabajo, terribles, pedí la destitución de María, es más, la presenté directamente y conté la verdad, no hablando de Asier como mi pareja, pero sí hablando de cómo iba falseando ella en contra del juez y me apoyaron directamente, la pondrían a investigar y mientras la dejarían en un departamento de otra dependencia.

El viernes salí de trabajar con rabia, con dolor, con mucha agonía, estaba sin fuerzas, llevaba tres días sin comer y tenía los nervios metidos en el estómago.

Llegué a casa y me tiré en el sofá a llorar desconsolada, lo echaba de menos, lo amaba por encima de todo y me había dado cuenta de que era una persona de muchos valores, pero ahora... Ahora lo había perdido.



Capítulo 15

Idiota, era una idiota, tanta inspectora para tan poca cabeza, sobre todo cuando el asunto me repercutía.

Me había quedado dormida y eran las nueve de la noche, me duché y cogí el coche, llorando, necesitaba que me diera el aire.

Pasé varias veces por la casa de Asier, desde dentro se veían luces, quería parar y entrar, pero no me atrevía, hasta que tiré para mi casa y me eché de nuevo a dormir, no quería ni respirar, me sentía una estúpida como la copa de un pino.

El sábado me levanté y estuve toda la mañana mirando por la ventana atontada, ida y llena de preguntas que sabía que no tenían respuesta o al menos yo no las iba a saber.

Alba me llamó y la volví a poner al día, estaba con su chico, pero no dejaba de estar pendiente de mí, además de alucinando con todo, me animó a llamarlo, pero yo no me creía ya con el derecho de hacerlo después de dudar de él y tratarlo como a un perro.

Estuve toda la mañana en el sofá y una gran parte de la tarde hasta que llamé a Tino, un amigo mío peluquero que hacía tiempo que no veía así que quedamos para tomar algo.

—Tienes muy malita cara —dijo poniendo cara de asco.

—Tino, necesito una copa —resoplé negando.

—Uy, uy, que de tiempo hacía que no te veía así... —Nos sentamos en una terraza de la playa que se ponía muy ambientada por la noche.

—Estoy que me muero, la he cagado bien cagada.

Le conté todo mientras tomábamos una copa tras otra, eso era un no parar de alcohol, yo ya estaba en el punto ese de que lloraba sin consuelo y Tino, intentaba animarme con ese tono balbuceante que le producía los estragos del alcohol, pero es que no parábamos.

—Pues yo a tu compañera la cogía por el moño y la revoleaba por todas las independencias.

—Dependencias, dependencias —dije sonriendo ampliamente y ladeándome para los lados.

—Eso, encima rectificame —negaba indignado.

—No, no, a lo del moño yo te apoyo —reí escupiendo el trago que acababa de dar.

—Y al Asier ese lo vamos a buscar y decir que lo amamos —dijo con el dedo tieso.

—¿Cómo que lo amamos? ¡Quita aprovechón! —Le di un toque en el hombro.

—Yo también lo amo, es juez, atento, detallista y está bueno por las fotos que me enseñaste ¡Qué lo coja quién pueda!

—Ni lo toques —advertí señalando la copa para que pidiera dos más.

—¿Y de verdad no lo vas a buscar? —Levantó la mano y le señaló al camarero las copas para que trajera otra.

—y, ¿qué le digo? ¿Perdone su “señoría” mi ataque de celos y cuernos? ¿Perdóneme por creer todo lo que me decían menos a usted? ¿Le echo de menos después de todo lo que le hice? —mi

tono era pausado, de borracha, ni más ni menos.

—Te lo follas directamente, sin más —dijo con su mano de forma exagerada.

—Eso quisiera yo, follármelo toda la noche —grité y vi como dos chicos de al lado se giraron para mirarme y yo les sonreí, ¿qué más podía hacer?

—A esos dos sí que me follaba yo... —murmuró sonriendo con picardía.

—Tino, tú te tiras a todo lo que se mueve —volteé los ojos y casi me caigo hacia atrás.

—Solo me queda tu juez —rio levantando su copa y cayéndole por encima un poco de líquido.

—Te den por saco...

—Mejor “porculo” —sonrió con malicia.

Tino siempre tenía el sexo en la boca, no se sentía nunca saciado el jodido, valía mucho, era un hombre que si no abriera la boca volvía loca hasta a las mujeres.

Comenzó a sonar una canción muy antigua de *Paulina Rubio* y Tino se levantó a bailar como un loco, o una loca como decía él, pero él lo vivía a sabiendas de que estaba siendo el centro de atención de todo el chiringuito.

Por la pasarela de madera que había en la arena él iba recorriéndola a golpe de la canción “Sí, a ti te gusta morder el mango bien madurito”.

Lo miraba negando, no me lo podía creer, la gente lo grababa hasta con el móvil y le vitoreaban animándolo.

—¿Quién es ese? —preguntó una voz detrás de mí.

—Asier... —dije al descubrir que era él.

—¿Me puedo sentar? —Señaló a una de las dos sillas que había en mi mesa.

—Claro... Es mi amigo Tino, el peluquero.

—Hace rato que os vi, pero no encontraba aparcamiento —le pidió al camarero otra ronda.

—Asier, quiero pedirte perdón... —dije a estragos, casi ni me salían las palabras por el alcohol y el impacto de tenerlo ahí.

—Vas fina —ladeó la cabeza.

—Un poquito —hice el gesto con el dedo mientras él, levantaba la ceja y aguantaba su sonrisa.

—Un poquito, mucho —negó.

Miré a Tino que ya se había enganchado a hablar muy meloso con otro tío, lo hacían al oído pues estaban en la zona donde estaba la música fuerte.

—Tomamos esta y nos vamos, no estás muy bien.

—Pero llevamos a Tino —lo señalé.

—Dudo que se quiera venir —dijo mirando como coqueteaba con el otro.

—¿Y me vas a llevar a mi casa?

—A la mía, no me fio de dejarte sola en esas condiciones.

—Tampoco estoy tan mal —dije con un gesto exagerado mirándome el pecho.

—Tampoco estás en tu mejor momento —me miraba de forma penetrante, como analizándome, me ponía de lo más nerviosa.

—Estoy en el mejor del mundo mundial —me referí sin que él lo supiera a que lo tenía frente a mí y eso es lo que más necesitaba ahora en el mundo.

—No me gusta verte en esas condiciones y sola.

—Estoy con Tino —dije con chulería.

—Tienes los ojos corridos —me dio una servilleta.

—Y otra cosa... —sonreí y luego pensé que era una idiota por soltar eso, pero la sonrisa que le provoqué mereció la pena.

—Tampoco te pedí detalles —levantó la ceja.

—Yo a mi “señoría” le doy todos los detalles del mundo —dije señalándome fuerte en el pecho.

—No deberías de beber más —retiró mi copa hacia un lado.

—¡Trae! Con esto no se juega —la volví a coger y pegar a mi pecho.

—Ven —estiró su mano para que me agarra a ella y me levanté de la silla.

En ese momento había comenzado a sonar la canción, “Mi santa” de *Romeo Santos* y me pegó a él, comenzó a moverse como yo jamás imaginé que lo haría, suave, pero con una sincronización perfecta y de lo más sensual, llevándome como nunca lo había hecho nadie y eso que estaba a punto de echar la primera papilla.

—*Pongo en ti toda mi fe* —cantaba mirándome mientras bailaba—, *me arrodillo ante tu ser* —me iba a desmayar de escucharlo—. *Mi sacramento fue en mi cama bautizándome en dos aguas* —me iba a morir, si antes me gustaba ahora me tenía a sus pies.

Y encima bailaba bien...

Volvimos a la mesa y yo no podía ya ni mediar palabra, pero todo por el asombro y la cogorza que llevaba encima, vamos, para darme un premio y otro por si lo perdía.

—No bebas —sonrió señalando mi vaso.

Cogí la copa con rapidez y le di un gran trago, luego la puse sobre la mesa mirándolo como negaba indignado aguantando la sonrisa.

—No me gusta verte así...

—Pues llevas todo el tiempo aguantando la sonrisita —sonreí ampliamente.

—Me la saca tu presencia, no voy a negarlo, pero me duele verte así, nos vamos ya —se levantó y vi cómo se iba hacia Tino y se presentaba, le estaba diciendo claramente que nos íbamos.

—¿Qué le has dicho? —Lo miré desde la silla.

—Que nos vamos —alargó su mano para que me agarrara a él y me levantara.

—Yo no... —me levanté y no me dejó continuar cuando me cogió por la espalda y piernas para comenzar a andar conmigo en brazos—. Qué vergüenza —dije con un gran esfuerzo pues ni me salían las palabras.

Y justo antes de abrir la puerta del coche pasó la catástrofe...

Vomitó encima de él, así de asqueroso, sin poderlo remediarlo.

—¡Oh no! —dije bajándome de sus brazos.

—Sabía yo... —Negó sonriendo, fue al maletero y sacó una bolsa de toallitas húmedas y comenzó a quitar todo lo que pudo, luego se quitó la camiseta y se quedó sin ella para ir hacia su casa.

Nos montamos en el coche y solo sé que caí en un sueño profundo...



Capítulo 16

Parecía que alguien estaba a mi lado con un bombo tocando sobre mi cabeza.

Abrí los ojos y comprobé que estaba en la habitación de Asier, pero él no estaba.

No me acordaba de nada, bueno sí, del vomito sobre su camiseta ¡Qué horror! Madre mía la que había liado.

Ni permiso ni nada, cogí una camiseta blanca del armario de Asier, unos calzones de los suyos y me metí en la ducha del baño de su habitación.

Salí hacia fuera y estaba en el jardín con todo el desayuno sobre la mesa e incluso la cafetera enchufada en una mesita auxiliar.

Sonrió levantando la ceja.

—No me digas nada —reí advirtiendo mientras me sentaba y le quitaba su taza de café para dar un trago y bebérmelo del tirón.

—Menos mal que no tiene alcohol... —sonreía.

—Qué gracioso —hice gesto burlón.

—No me gustó verte así —preparó dos cafés.

—Ni a mí, pero hijo me cogió triste y con mal cuerpo, me fui a ver a Tino, una cosa llevó a la otra y ahora me quiero morir, me duele toda la cabeza, milímetro a milímetro.

—Toma esa pastilla —señaló una que había sobre la mesa —con el zumo —luego señaló el vaso de naranja.

—Joder... ¿Quién cojones toca el tambor sobre mi cabeza?

—Si es que es para echarte de comer aparte —volteaba los ojos mientras ponía los cafés sobre la mesa.

—Me porté muy mal contigo... —Me sinceré con tristeza.

—No hace falta hablar sobre ello, sé que ya pediste que la cambiaran y así se hizo, no quiero verte cerca de ella.

—¿Cómo pudo ser tan mala?

—La persona que es mala lo es con independencia de a qué clase social o actividad profesional pertenezca.

—Ya...

—No pienses en ello.

—Pero te subestimé, te traté mal...

—Hiciste lo correcto para cómo se te plantearon las cosas.

—Bueno, los otros días no decías eso.

—Debiste ser perspicaz, pero bueno, ya pasó. Olvidemos el tema —me hizo un guiño.

—Te puse hecho un asco...

—Ya está la camiseta limpia y como si nada hubiera pasado —sonreía con esa mirada

penetrante.

—Bueno, pero no deja de ser bochornoso.

—Yo diría, un poco desagradable —sonrió.

—¡Ay Dios, esta vergüenza no se me pasará en la vida! —Negué odiando la maldita hora que comencé a beber de esa manera tan desmesurada.

—Te queda muy bien mis prendas.

—Te las robé, ya si eso luego me das la condena —reí.

—Anda, ahora lo que nos vamos a dar es un baño —señaló la piscina.

—Bueno, pero más tarde cuando me haya tomado tres o cuatro —señalé al café.

—Te vas a poner muy nerviosa.

—Más de lo que me pones tú, no creo —le saqué la lengua.

No me podía creer que estuviera de nuevo con Asier, a su lado, en su casa y menos aún en el espectáculo que me había visto metida la noche anterior, pero si era por estar ahora con él, hasta había merecido la pena por muy desagradable que hubiese acabado la noche con mi vomito inoportuno.

Tras un buen rato relajados y desayunando nos metimos en la piscina, yo me quité la camiseta quedando con sus calzones nada más y produciéndole una sonrisa, además de una mirada de esas que anunciaban que me iba a devorar.

Me abrazó y me pegó a él una vez dentro de la piscina. Comenzó a mordisquearme los labios como tanto me gustaba y es que estaba produciendo en mí un calentamiento de esos que comienzan dejándote sin respiración y más aún, notando como su miembro se hinchaba considerablemente.

Terminamos haciéndolo, sostenida en sus brazos, con aquellos movimientos que me hacían acelerar por completo, mordisqueando su hombro mientras me movía a su ritmo.

Estuvimos un rato en la piscina y luego nos fuimos a las tumbonas, pero a la sombra, entre mi resaca y el sol que pegaba como el que más, necesitaba estar resguardada.

Llegó la hora de la comida y él se fue a la cocina un buen rato mientras yo seguía tumbada, más tarde entré sucumbida por ese olor.

—¡Madre mía, que pinta tiene esa paella!

—Aprendí de mi madre —sonrió.

—¿Qué es de tus padres? —Me senté sobre la encimera.

—Pues ahora viviendo de lujo, mi padre se jubiló, era juez —sonrió — mi padre una abogada que se presentaba ante él con muchos casos.

—¿En serio?

—Ajá —se acercó para besarme—. Y, por otro lado, mi hermana Erika, forense.

—Vaya, veo que ninguno perdió el tiempo.

—Bueno, mis padres se preocuparon de que un libro fuera más importante que un juego, no quiere decir que no tuviéramos tiempo para todo, pero en ese aspecto fueron muy exigente —volvió para mover un poco el arroz.

La comida la hicimos en el jardín, con refresco por supuesto, ni oler el alcohol, ya estaba castigada durante un buen tiempo por haberme pasado tres pueblos, tres ciudades y medio país.

Luego nos echamos en el sofá toda la tarde y por la noche salimos a cenar con Alba y Alex.

Antes pasamos por mi casa para cambiarme y echar ropa en el coche, ya que me quedaría a dormir de nuevo en casa de Asier, por orden judicial como decía él.

Alba no paraba de buscarme con la mirada, me ponía nerviosa, era muy bromista y le gustaba dar el cante, así que me lo dio toda la cena en la que los chicos sonreían dándose cuenta del juego

de palabras que teníamos con nuestras miradas.

Todos cenaron con vino menos yo, no aguantaba ni olerlo, aún estaba marcada por la borrachera de la noche anterior e iba a terminar desapareciendo en una semana ¡Como me había pasado! Menos mal que apareció Asier al rescate, de lo contrario Tino y yo, aún seguiríamos de fiesta.

Tras una larga velada de charla en la cena nos despedimos y nos fuimos para su casa, por su puesto, otro revolcón del diez. Con Asier, no era para menos y es que el sexo y él, iban de la mano.

El domingo nos fuimos desde temprano para la playa, primero paramos a desayunar en un bar de carretera y luego nos metimos en una de las playas que más nos gustaba, donde alquilamos unas hamacas para pasar el día de lo más cómodos.

Asier era todo atenciones, estaba de lo más cuidadoso, cariñoso, amable. Realmente como era él.

¿Juguetón? Otro rato. Infinidad de veces me echaba a su hombro sin previo aviso y salía corriendo hacia el mar conmigo encima, eso sí, yo le decía de todo lo que me salía por la boca, eso de entrar al mar de esa manera tan rápida hacía poner el cuerpo de gallina.

Esa noche no me dejó irme, me dijo que tenía ropa de sobra para irme a trabajar y es verdad que había echado como él me dijo, por si acaso, cosa que me agradaba que no se quisiera deshacer de mí aún.



Capítulo 17

El café olía desde la habitación, estaba claro que a Asier le gustaba ponerme todo por delante y cuidar el más mínimo detalle.

Me vestí y fui hacia la cocina, me apoyé sobre el quicio de la puerta mirándolo sonriente, la misma sonrisa que se le dibujó al descubrir que estaba ahí.

—Buenos días, preciosidad —se acercó a besarme.

—Buenos días, su “señoría”

—Gracias, mi inspectora —me besó.

Siempre tenía esa sonrisa y esa mirada que me hacía poner de lo más sonrojada, era impresionante el efecto que causaba en mí.

Cuando desayunamos nos despedimos y quedamos en hablarnos durante la mañana.

Llegué a las dependencias y me fui a tomar un café con Bruno, ya estaba al tanto de la verdad de María y estábamos a expensas de que viniera la chica que la iba a sustituir. Bruno se había llevado un palo tan grande como el mío, ya le conté mi historia con Asier y no tenía que esconder nada.

A media mañana me llamaron de la entrada, salí y me encontré a un chico para entregarme un ramo de no sé cuántas rosas, pero al menos había dos docenas, me sonrojé al ver a mis compañeros aplaudiendo ¡Dios, lo mataba!

¿Cómo iba a poner semejante ramo en mi despacho ocupándome media mesa? Al final lo puse al lado de la mesa, en el suelo. Abrí el sobre que contenía una tarjeta.

“¿Quieres...”

¡A la mierda! ¿Qué debo de querer? Asier y sus misterios, lo que me faltaba...

Un rato antes de salir me llegó un mensaje de él.

Asier: Vete para tu casa, deja el coche, coge algo de ropa para unos días y en media hora te recojo.

Joder, varios días, ¡la de Dios!, y yo había retrasado mis vacaciones para agosto, como lo hacían en el juzgado, así que imaginaba que me quería llevar a su casa y desde ahí todos los días iríamos a trabajar. Pero, ¿dejar el coche en mi casa?

Yo: Te recuerdo que mañana trabajo...

Asier: Y yo. Tranquila.

Tranquila decía, estaba que si me tocaban las palmas me echaba en las dependencias unas bulerías.

Salí de allí dejando el ramo sobre el suelo, en un cubilete que lo había fabricado con una garrafa vacía de cinco litros de agua, y ahí lo dejé en remojo.

Llegué a mi casa y después de aparcar me puse rápidamente a preparar una maleta para un mes y medio, me había dicho para unos días, pero yo por él, por si acaso, me llevaba una cuarta parte

del armario.

Bajé con un maletón que se echó a reír y vino a ayudarme rápidamente, además de un gran bolso de estos gigantes veraniegos que llevaba petado de todo.

—¿Te mudas a vivir conmigo? —rió arrancando el coche.

—Pues claro, ¿lo dudabas? —bromeé causándole una preciosa sonrisa.

—¡Para nada! —sonrió metiéndose por una carretera que precisamente para su casa no iba.

—¿Hacia dónde vamos?

—¿Dónde crees?

—Pues pensé que íbamos a tu casa, pero ahora me coges fuera de juego.

—Vamos a un sitio más divertido y mucho mejor —me hizo un guiño girando un poco su cabeza.

La madre que lo parió, directamente. Llegamos a un camping y cuál fue mi sorpresa, que descubrí en ese momento que tenía una parcela todo el año con una preciosa autocaravana.

—¿Es tuya de verdad? —Me puse la mano en la boca mientras la observaba emocionada y el preparaba el porche, sacando una mesa y dos sillas de madera que tenía guardadas dentro de la caravana.

—Y tuya si quieres —me hizo un guiño.

—A mí me tienes que llevar con esto a dar una vuelta de unos días por cualquier lado —reí.

—Si quieres en agosto tengo libre... —Me puso una cerveza fresquita en la mano.

Preparó la mesa y se fue al restaurante del camping, vino con una paellera en la mano que había pedido por teléfono, además de una bolsa con un tupper de croquetas.

Yo estaba alucinando en aquel lugar, con su caravana ¡No me lo podía creer! Siempre había soñado con tener una.

Comimos en ese porche que tenía hasta techo de tela, a aquello no le faltaba detalle, al igual que por dentro. Había baño, cocina, salón y dormitorio, una autentica pasada, toda nueva, la había comprado hacía un año.

—Así que lo de “quieres” de la notita era refiriéndote a esto.

—No sé de qué me hablas... —sonrió con ironía.

—Ya, ya... —reí—. Muchas gracias por el ramo, no debiste...

—No digas nada —me hizo un guiño atajando la conversación.

—Ok —levanté las manos un poco riendo.

Tras la comida recogí los platos mientras él llevó la paellera, me encantaba la paz que sentía en aquel lugar, a pie de playa, a esa que nos fuimos a pasar la tarde relajados.

El mar estaba perfecto, parecía un plato y te podías bañar relajadamente sin correr el riesgo de que una ola te devolviera rodando a la orilla.

Luego subimos a ducharnos y a preparamos la cena, Asier había ido al supermercado del camping y había traído un montón de cosas.

Una ensalada fresca de pasta y unas empanadillas de atún con tomate, esa fue la cena y me supo a gloria, además de zamparnos un paquete de patatas de jamón.

Tras la cena nos tomamos un tinto de verano, hacía mucho que no lo tomaba y me encantó volver a sentir el sabor, además aquello era relax, teníamos un buen trozo de parcela.

Charlamos un buen rato antes de irnos a dormir, al día siguiente había que trabajar y no podían darnos las tantas.

Por dentro parecía pequeña, pero no era así, todo era relativamente amplitud, incluso aquella cómoda cama en forma semiredonda, me encantaba.

Asier comenzó a deshacerse de mi camiseta, sabía yo que era imposible irse a dormir sin antes pasar ese momento tan sensual que a los dos nos gustaba, donde desfogábamos y dábamos rienda suelta a todo aquello que nos apetecía y que no era más que juntar nuestros cuerpos desnudos.

Después de ese intenso momento me abracé a él para quedar culminada esa noche, dando por finalizado un precioso y sorprendente día.



Capítulo 18

—Buenos días, preciosa. Voy preparando el desayuno —besó mi mejilla.

—Buenos días, su “señoría”. Ahora voy.

Me miro sonriente, lo pude ver con lo poco que abrí los ojos. De ser por mí, me habría quedado en la cama dos horas más, pero ya había que ir a trabajar.

Me vestí, me asee y salí donde ya estaba todo sobre la mesa.

—Joder, que bonito es el amanecer aquí.

—Siéntate, preciosa.

—No me esperaba esto, te lo juro, son como unas vacaciones para mí.

—Pues aquí nos podemos quedar hasta septiembre —me hizo un guiño.

—Y encima en agosto no trabajamos —aplaudí feliz solo con imaginarlo.

—Piénsalo, o nos quedamos hasta que te aburras.

—Verano y esto ¿Crees que me puedo aburrir? —reí.

—Bueno, yo te pongo la alternativa sobre la mesa.

Desayunamos y nos fuimos en su coche hacia nuestra ciudad, me dejó en la puerta del trabajo y nos despedimos hasta la hora de la salida, que me recogería.

Esa mañana llegó la chica nueva, Patricia, muy simpática y predispuesta, congeniamos rápidamente, hasta Bruno me hizo un gesto dándome a entender que le gustaba la nueva compi, no en termino de hombre, sino de compañerismo.

A las doce de la mañana me llamaron de la entrada y salí, había otro chico de reparto con un regalo en sus manos que me entregó rápidamente. Yo a Asier, lo mataba...

Lo abrí y como supuse por el peso, medidas y tacto, era un libro.

En la primera hoja una palabra en grande escrita por él.

“ser”

Ser en minúscula, más el “quieres” en mayúsculas del día anterior del ramo, era... Quieres ser. ¿Quieres ser? ¿Que debía querer ser? Me reí intentando pensar que sería lo siguiente, imagino que no lo dejaría a medias.

El libro era de un escritor que leía desde hacía años y que acababa de publicar una novela, vamos, que me la había regalado recién salida del horno ¿Se podía ser más mono?

A la hora de la salida me esperaba con esa sonrisa de pícaro de saber que otro día más me había sorprendido, yo iba feliz con mi libro en la mano.

Ese día fue como el anterior, lleno de momentos de playa, relax, cena en el porche de la caravana y a dormir, no sin antes habernos dejado llevar por la fogosidad que nos caracterizaba.

El miércoles mientras desayunaba, antes de irnos al trabajo pensaba si ese día tendría un regalo con el añadido a la frase, pues esa no se podía quedar así. Lo miraba y este me decía que algo tenía tramado.

Mañana en el trabajo con Patricia y Bruno de lo más movidita, pero eso sí, el regalo llegó y esta vez era un cd de Fito, sabía que me encantaba, en él una nota con otra palabra.

“mi”

¿Quieres ser mi novia? ¿Quieres ser mi razón de vivir? ¿Quieres ser mi sumisa? No dejaba de reír imaginando que en algún momento tenía que terminar la pregunta, pero... ¿Cuál era?

Ese día le di por saco a lo grande, pero él tenía un hermetismo y secretismo de lo más elevado, nivel Dios, que no pensaba abrir la boca, así que esa noche me acosté pensativa y lo mismo me levanté el jueves, de lo más nerviosa.

Y como no, llegó otro regalo, ya era la comidilla de las dependencias, o como decía Tino, “las independencias”.

Ese día al salir de trabajar intenté sacarle todo lo que pude a Asier, o sea, nada...

Era hermético, digamos que, si lo juntábamos con el de Corea del Norte, casi se asemejaban en no desvelar datos, en fin, solo me quedaba disfrutar de ese momento tan bonito que estaba viviendo.

Ese día pasó como siempre, lleno de playita, cafés, comida y el relax que ese camping y caravana aportaban.

El jueves no fue menos, llegó a las dependencias otro regalo, esta vez un osito de peluche, ¡madre mía, qué vergüenza! Ya todos aplaudían y vitoreaban ¡Viva la jefa!

Menos mal que era fiesta al día siguiente y no trabajaría, esa semana laboral terminaba ese día, de lo contrario me daba algo.

Ese osito no traía ningún mensaje, nada de ningún tipo, así que me quedaba con la pregunta a mitad y sin saber cuándo se desvelaría.

Asier me recogió aguantando la risa al verme aparecer con el oso en las manos.

—Te presento al nuevo miembro de la familia, se llama Luasi.

—¿Luasi? —preguntó sonriente, dándome un beso en la mejilla y subiéndonos al coche.

—Luasi, de Lucía y Asier.

—Ah bueno, mira no había caído —rio levantando la ceja mientras arrancaba el coche.

—Pero este no traía mensaje... —suspiré.

—Vaya, algo habrá salido mal...

—Seguro que se quedaría sin tinta el bolígrafo —reí.

Llegamos a la caravana y justo cuando aparcamos al lado de ella me vi una sábana gigante al largo de la caravana con un mensaje.

“¿Quieres ser mi prometida?”

Miré a Asier incrédula mientras puso en ese momento una rodilla en el suelo y sacó una alianza.

—Sé que es pronto y que es una locura, pero también sé que eres el amor de mi vida, desde ese viernes que cenamos juntos ¿Quieres ser mi prometida y que desde ahora comencemos una vida en común?

—¡Me cago! —grite riendo con una mano en la boca.

—Me duele la rodilla, esto está lleno de piedrecitas ¿Te decides ya? —bromeaba.

—¡Sí, quiero!

Me tiré sobre él y caímos al suelo muertos de risa, abrazados, llenos de tierra, llenos de amor, sabiendo que hay historias que pueden durar una eternidad hasta decidir si se desea pasar la vida con alguien y otras que llegan rápido, pues jugársela es la mejor opción de decir sí a algo que se ama, que se quiere, que se desea y eso pasaba entre nosotros.



Epílogo

Un año después...

—Mamá, deja de llorar que ya te han tenido que maquillar tres veces.

—Hija, es que estás preciosa.

—Mamá, por favor... —reí abrazándola, mientras intentaba no manchar mi vestido de novia con su maquillaje.

—Vamos, papá te está esperando para llevarte al altar.

Llevaba un rato esperando, lo vi por la ventana afuera con el coche que nos iba a llevar a la iglesia, eso sí, iba a ser una ceremonia religiosa por no defraudar a sus padres y a los míos que les hacían especial ilusión, por lo que, decidimos hacerlo así.

Bajé emocionada con mi vestido de cuello de barco, con unos tirantes anchos caídos por los hombros, ajustado hasta la cintura donde iba un broche de plata vieja y la parte de abajo era en corte princesa, me vería preciosa.

Mi padre sacó el pañuelo al verme y comenzó a secarse las lágrimas que le caían en abundancia.

La iglesia estaba ya con todos esperando en sus bancos y Asier, con su madre en el altar.

Alba estaba junto a su padre que me sonreían al pasar, mis compañeros del trabajo también de lo más emocionados, mi familia, la familia de Asier y su hermana Erika, que estaba preciosa y me tiraban besos de lo más emocionados.

A Asier se le saltaron las lágrimas al verme acercarme a él, a la madre también que estaba a lágrima tendida.

La ceremonia fue de lo más bonita y emotiva, Asier me dedicó unas palabras que no me esperaba y que hizo llorar a todo el mundo. Para él, ese momento era tan importante como para mí, pero si algo tenía claro, era que había encontrado al hombre de mi vida.

¿Dónde hicimos la celebración después de la ceremonia?

En un chiringuito en la playa, no podía ser de otra manera, con todos los que queríamos y cada cual más feliz por nuestra unión.

Mi amiga seguía con Álex, el verano anterior se vinieron todo el mes de agosto al camping, nosotros pasamos allí todo el verano, no volvimos después de que me pidiera compromiso, ya nos quedamos allí.

Luego nos fuimos a vivir a su casa, donde habíamos fijado nuestro nido de amor y donde viviríamos por ahora, allí me sentía como en casa.

Había sido un precioso año de amor en el que nos unimos mucho más, en el que nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro, donde cada día nos seguimos amando con la misma pasión y amor que lo habíamos hecho desde el principio.

Y es que, bendito el día que mi amiga programó aquella cita con Asier y Álex, el destino me lo

había puesto en bandeja, como esa cena...